

CRISTIANDAD



136

RAZON DE ESTE NUMERO

AÑO VI

15 NOVIEMBRE

1 9 4 9

Todas las actividades del hombre han de tender a un único fin, el de su salvación y santificación. En manera alguna pueden excluirse de este principio universal las labores culturales. El saber, la investigación, podrán constituir una misión más alta que las demás, pero no tanto como para que reconozcan el fin supremo a que todo acto humano se subordina.

Este apartamiento es más peligroso cuanto más elevadas son las esferas en que se mueve el hombre. Por eso la ciencia se desvía con facilidad por derroteros que cierran o reducen sus amplísimos horizontes.

A ilustrar sobre esta verdad van encaminadas las páginas del presente número de CRISTIANDAD. Y a que su lectura convenza más y más sobre la necesidad cada día mayor de una estrecha armonía entre la ciencia y la fe.

EDITORIAL: **Universidad, universalidad**, por R. C. V. (pág. 457).

HACIA EL CUARTO AÑO JUBILAR: **La festividad de Cristo Rey. - Hermoso programa** (pág. 458).

PLURA UT UNUM: **Jerarquía de las Ciencias en el Reino de Cristo**, por Jaime Bofill (págs. 459 y 460); **¿Qué se proponen los universitarios?**, por Roberto Coll Vinent (pág. 461); **Pensando en el Universitario y su misión**, por Ignacio Balaguer Vintó (págs. 462 y 463).

DEL TESORO PERENNE: **«Para honor y defensa de la Fe...»** (págs. 464 y 465); **Las ideas guían el mundo** (pág. 466); **Discurso del Santo Padre a las mujeres de la Acción Católica Italiana** (págs. 468 a 470).

COLABORACIÓN: **Mis recuerdos del monte Athos**, por Alexis Marcolf (págs. 470 y 471); **El milenario de Cluny**, por Joaquina Comas (págs. 472 y 473); **Ante un reciente libro erudito**, por José M.^a Font Rius (págs. 477 y 478).

A LA LUZ DEL VATICANO: **El problema de Palestina y los derechos de la Cristiandad (VI)**, por José-Oriol Cufí Canadell (págs. 474 y 475).

DE ACTUALIDAD: **La santa madre Iglesia** (página 476); **La cuestión de los desplazados y de los campos de concentración. - La persecución religiosa en la Europa oriental**, por J. O. C. (págs. 479 y 480).

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Joaquín Mascaró, Ignacio M.^a Serra Goday y otros.



CATOLICISMO

O

BARBARIE

por

José-Oriol Cuffí Canadell

ALGUNOS JUICIOS CRITICOS SOBRE ESTA OBRA

«El libro de Cuffí Canadell está llamado a prestar grandes servicios a los que se preocupan por las cuestiones sociales y religiosas».

El Noticiero Universal, 20 de julio de 1949

«Todo cuanto expone el señor Cuffí Canadell a la consideración de sus lectores nos parece óptimo, porque apoya sus asertos y argumentaciones en copiosa e indelible documentación».

El Diario de Barcelona, 1.º de septiembre de 1949

«El autor manifiesta el mal, busca las raíces del mismo y recuerda la historia de los últimos años, que han hundido al mundo en este abismo de males».

«Cuanto afirma el autor, está confirmado por los textos de los documentos pontificios de estos años definitivamente críticos».

J. Serrat, S. I. *Peregrinació*, octubre de 1949

«Libro precioso, tenazmente concebido y escrito, que se lee por curiosidad y acaba dominando la mente y la voluntad del lector».

«Felicitamos de corazón al autor y al editor por su bella presentación y nos atrevemos a rogar al señor Cuffí que nos envíe pronto otro libro como éste y el anterior, «La cuestión de Palestina», que se distinguen por su claridad, orden, interés y método en la exposición».

Revista Franciscana, octubre de 1942

«Nuestro asiduo colaborador, el señor José-Oriol Cuffí Canadell, acaba de publicar otro libro. Un libro donde son sometidos a examen los distintos factores que determinan la actual condición del mundo presente, las raíces y causas de los males que padece y, en último término, la posibilidad de regeneración que existe todavía».

«Cuffí Canadell, apasionado por las letras, nos aporta con su último libro una visión directa y aguda, de primera mano, de la actualidad contemporánea. De los males que la aquejan y de sus remedios necesariamente urgentes».

El Correo Catalán, 6 de octubre de 1949

«No esperábamos, al abrir este libro, que se tratase de un estudio amplio y profundo de la política mundial del tiempo presente, y así nuestra sorpresa fué muy agradable al leerlo y encontrarnos con un volumen en el que su autor, maestro en estas lides, expone una singular y certera interpretación de los fenómenos internacionales que tenemos ante nosotros — cuya sucesión tanto suele desconcertar al público —, y analiza a la luz de la Verdad eterna las causas que han llevado a las naciones a la confusa situación actual, así como el remedio que a éste puede caber».

La Prensa, 24 de octubre de 1949

CATOLICISMO O BARBARIE

por José-Oriol Cuffí Canadell

De venta en las principales librerías
y en la Administración de "CRISTIANDAD"

Martín Oliva

S O C I E D A D A N O N I M A

Tejidos Algodón



Bailén, 68

Teléfono 50587

BARCELONA

LA INQUISICIÓN

J. M. Ortí y Lara

Mucho se ha escrito sobre la Inquisición en España. Si quieres conocer la verdad sobre esta Institución, lee con interés este libro.

Pídalo en nuestra Administración
Precio especial para nuestros
suscriptores: 10 lptas. ejemplar

INASA

Inmuebles y Aprovechamientos Hidráulicos, S. A.



San Francisco, 14, pral., 1.º

TARRAGONA

CRISTIANDAD

NÚMERO 136 - AÑO VI

REVISTA QUINCENAL

Dirección, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22448
BARCELONA

15 Noviembre 1949

Cruz, 1, 1.º - Teléf. 225675
MADRID

Universidad, universalidad

La ciencia no puede vivir perpetuamente divorciada de la fe. Los intentos para conseguirlo han sido en parte impotentes. Los frutos amargos de esa orgullosa tenacidad los sufre la humanidad entera.

Esta afirmación tiene hoy categoría de verdad histórica. Y si la historia ha de ser maestra de la vida, es ésta una verdad que afecta vitalmente a todos los miembros de la sociedad, y más aún de nuestra sociedad que tiene grabadas en su alma las huellas sangrantes que dejó a su paso el voraz incendio universal en que se manifestó la resistencia a esta verdad inconcusa.

Porque aunque la concatenación de los hechos y multiplicidad de derivaciones que arrancan de un común origen, tenga la virtud de distraer la atención superficial sobre las verdaderas causas de cuanto padecemos, con todo, no son bastantes a destruir la relación directa que existe entre la verdad o el error teóricos y sus aplicaciones inmediatas a la vida ordinaria de los pueblos.

Admitido esto, es obvia la influencia de la universidad, foco del humano saber, en todas las manifestaciones de la actuación humana. Obvia la relación de causa a efecto entre el pensamiento y la acción, entre la idea y el hecho en que se traduce, entre la cultura y la vida.

La universidad, y por tanto los universitarios todos, no pueden en manera alguna prescindir de esta misión universal a que están llamados por imperativo de la misma lógica, aun cuando no existieran imperativos morales e históricos de mayor gravedad.

Y de hecho no prescinden, supuesto que la voluntad humana es impotente para torcer la lógica de los hechos y lo es para detener los frutos de la semilla que el error y la verdad sembraron.

Pero la ley moral impone al universitario consciente de su misión una dirección determinada: establecer una estrecha y feliz alianza entre las verdades que la razón investiga y las que la fe propone. Esta es la verdadera universalidad. Y éste es el auténtico significado de lo católico.

Por no entenderlo así, la ciencia ha degenerado a veces en un mosaico de especializaciones que desgajaban la verdad concreta y técnica de la verdad total a que aquella debe servir. Por no ponderar el valor de esta universalidad, la cultura estuvo a punto de abdicar de su objeto y de la universalidad de su misión.

Con la autoridad de un Príncipe de la Iglesia, corroboraba la verdad de este hecho y de sus fatales consecuencias, el Cardenal Caggiano con estas palabras: «Las doctrinas elaboradas en las universidades tienen la inmensa responsabilidad de haber sumergido al mundo en el caos pavoroso de las dos últimas guerras, desquiciándolo, y no volverá a la paz hasta que la universidad, reconquistada para la verdad cristiana, restituya el ordenamiento objetivo según el pensamiento católico... La guerra, se engendró en la universidad atea». (1)

R. C. V.



(1) Vid. «Ecclesia», tomo XI, núm. 279, pág. 21

HACIA EL CUARTO AÑO JUBILAR

Hoy se ven honradas las páginas de esta sección con un fragmento de la interesante carta pastoral que con ocasión de la festividad de Cristo Rey ha publicado el Excmo. y Rvdmo. Doctor D. José Cartaña, Obispo de Gerona, sobre la Consagración del mundo al Sagrado Corazón de Jesús. Y el editorial de la prestigiosa revista Ancora de las Congregaciones Marianas abundando sobre esta misma idea.

Nos es sumamente grato reproducir estos textos que son fiel testimonio del firme arraigo y difusión que en todos los órdenes y en todos los campos va teniendo la esperanzadora realidad de la próxima Consagración del género humano a los Inmaculados Corazones de Jesús y de María de tan profunda significación para el restablecimiento de la verdadera paz de Cristo en el seno de la sociedad.

LA FESTIVIDAD DE CRISTO REY

Dadas las circunstancias especiales que concurren en este año de gracia de 1949, esperemos que la próxima Festividad de Cristo Rey alcance un grado de esplendor y de religiosidad verdaderamente extraordinarios. Además de las necesidades de orden espiritual y hasta temporal que afligen hoy a gran parte de la humanidad, hay dos motivos importantísimos que inducen a creer que los fieles querrán demostrar más elocuentemente que nunca, su fidelidad a Cristo Rey.

Es uno de ellos el hecho de hallarnos en el Cincuentenario de la Consagración del mundo al Sagrado Corazón de Jesús. No para otra cosa, diríamos, brilla la fiesta de este Divino Corazón en el cenit del Año Litúrgico, sino para simbolizar que El es quien ilumina a los hombres en el camino que conduce a la implantación de su Reino, disponiendo e impulsando sus corazones con los ardores de la divina caridad. Esta circunstancia hace que la solemnidad del próximo día 30 sea un más ardiente llamamiento a las conciencias dormidas de muchos cristianos, para que con sus oraciones y obras ejemplares, procuren acelerar para el mundo el advenimiento del Reino de Cristo.

Por otra parte la próxima Festividad de Cristo

Rey viene a ser como el umbral que da acceso al Año Santo. Puede esperarse que, con motivo de este Año de bendición y de gracia, Su Santidad se digne renovar la Consagración del linaje humano a los Sagrados Corazones de Jesús y de María, lo cual vendrá a ser como un clamor de esperanza en aquel «Reinaré a pesar de mis enemigos», que oía sin cesar la confidente del Corazón de Jesús, Santa Margarita María.

A fin de hacernos dignos, no sólo de esta gracia, sino de que, llegado el caso, no sea en nosotros estéril, excitamos a todos los señores párrocos y encargados de almas en Nuestra Diócesis, a que procuren prepararlas debidamente, fomentando la consagración personal y de las familias al Divino Rey, y explicándoles el alcance de la Consagración especialmente propia de la fiesta que se avecina.

Sea esta Festividad de Cristo Rey puerta magnífica que abra paso a la fervorosa renovación de vida y costumbres, que tan encarecidamente pide a los fieles Su Santidad con motivo del Año Santo, a fin de que, por mediación del Corazón Inmaculado de María merezcamos gozar pronto de la deseada paz de Cristo en el Reino de Cristo.

Gerona, 13 de octubre de 1949.

(Circular 29 del Obispado de Gerona)

† El Obispo

HERMOSO PROGRAMA

Así califica, y lo es en verdad, nuestro Padre Director, al desarrollar, en una breve carta que dirige en este comienzo de curso a los congregantes, al programa que nos aguarda, en este año académico que empieza.

Aparte las ordinarias tareas de asistencia al Acto de Congregación, Secciones (de Piedad, de Caridad y de Apostolado) y Academias, el año 1950 tiene su acto característico propio. Es el Año Santo, es el año de peregrinaciones a Roma.

Nuestros congregantes, nuestra Con-

gregación han de ir a postrarse a los pies del Vicario de Cristo para renovar su filial sumisión al Romano Pontífice, para agradecer al hermano mayor, el Papa-Congregante, las muchas muestras de amor de él recibidas, especialmente por la preciosa Constitución Apostólica *Bis saeculari* de hace un año.

Cuándo y cómo ha de ir la Congregación a visitar la basílica-sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, venerar al Papa y lucrar las especiales gracias espirituales del Año Santo, se advertirá oportunamente.

Hoy por hoy nos basta con reiterar el propósito y el anuncio, para que nuestros congregantes se preparen.

No sólo a ir a Roma, sino también a renovarse en espíritu, a crecer más y más en virtud y actuación apostólica, a aumentar nuestro amor y devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús y al Inmaculado de María, tanto más cuanto que, según recientes noticias, es propósito de Su Santidad acceder a los ruegos de gran parte del orbe católico y renovar la consagración del mundo a aquellos Cora-

(De *Ancora*, agosto-septiembre 1949)

Jerarquía de las Ciencias en el Reino de Cristo

«Cristo reina en las inteligencias por la Verdad»
(Pío XI, Encl. «Ubi Arcano»)

El imperio de la Verdad

Si gobernar a un ser es conducirlo a su fin, que es su perfección, el reino de Cristo en las inteligencias deberá realizarse por la Verdad, ya que en ser fiel a la Verdad está la perfección de la inteligencia.

Estudiemos brevemente la naturaleza de esta perfección.

No es la inteligencia humana «creadora de la Verdad», como nuestro orgullo nos ha hecho soñar a veces. No domina ella sobre la verdad, plegando la realidad de las cosas a sus cuadros y esquemas conceptuales, sino al contrario, la verdad ha de dominar sobre ella, ella debe plegarse a la realidad de las cosas.

Mas por poco que reflexione sobre si misma verá que esta sujeción no es violenta para ella, no es una servidumbre que le haya sido extrínsecamente impuesta, antes al contrario: descubrirá que esta acomodación suya a la realidad es la exigencia fundamental de su naturaleza —«in cuius natura est ut rebus conformetur»—; la exigencia fundamental, por lo tanto, de su propia perfección.

Si en su *acomodarse a la realidad* —«adaequatio rei et intellectus»— está la ley fundamental de nuestra inteligencia, es preciso, con todo, aclarar la naturaleza de esta «acomodación».

No consiste ella, en efecto, en ser un «calco», una copia servil de la realidad, como cierto realismo infantil pretende a veces exigirle; el mundo del pensamiento —el mundo de la ciencia y del arte—, reducido de esta suerte a ser una «imitación», una reproducción *necesariamente degradada* de la realidad, carecería de todo valor propio, de toda razón de ser justificativa cuando la misteriosa naturaleza está ahí, imponente, frente a nosotros, con toda su fuerza palpitante.

Afortunadamente, el pensamiento es mucho más que esto. Si su realismo radical le exige, de una parte, la fidelidad a la realidad de las cosas, esa fidelidad no es la de un «calco», sino de una «interpretación». La acomodación de la inteligencia a lo que «es» se presenta, entonces, como el acto vital de un sujeto que expresa de consuno la realidad objetiva y su propia realidad personal; que traduce en un canto, nacido de lo profundo de su ser, el silencioso poema de la naturaleza. Si con relación a la verdad nuestra inteligencia no es creadora, no es puramente activa, no es, tampoco, puramente pasiva: a media distancia entre las posiciones extremas del idealismo y del empirismo, esta doctrina establece para la inteligencia humana la medida justa de su valor.

La perfección de nuestra inteligencia está en que ella se acomode a la verdad, que es la realidad. Hay que puntualizar, sin embargo, un nuevo aspecto de este «acomodarse». Toda vez que se trata, como hemos dicho, de un acomodarse *activo*, no puede consistir en la simple «coincidencia» con la verdad (como ocurre, por ejemplo, con los sentidos y en general con cualquier facultad de conocimiento: la memoria, pongamos por ejemplo); el acomodarse de la inteligencia a la verdad no es la *mera coincidencia* con ella, sino su *posesión*. Esto querían decir los antiguos al afirmar que la verdad es la perfección de la

inteligencia cuando se encuentra en ella *como conocida*: «perfectio intellectus est verum ut cognitum».

Esta propiedad suya de «poseer» la verdad; de tenerla en si no como mera coincidencia de hecho con las cosas, sino del modo reflexivo, consciente de sí, que caracteriza a la inteligencia como facultad espiritual que es, fundamenta el valor de su interpretación.

Mas hay que insistir todavía un poco en precisar lo que entendemos por «interpretación».

Si un realismo ingenuo pretendía reducir la vida de la inteligencia a una «imitación» de la realidad, un realismo brutal intenta reducirla a ser una mera «expresión» suya: la verdad de la inteligencia consistiría, simplemente, en decir las cosas por su nombre, tales como son. Todos saben con cuánta insistencia ciertas corrientes artísticas y literarias (y, en un orden totalmente diverso, cierto «cientifismo» de que luego nos ocuparemos) han cultivado esta actitud, para la cual no hay diferencia, como objeto de arte o de ciencia, entre lo bueno y lo malo, lo noble y lo innoble, lo sublime y lo degradante. Ella se ha atribuido a sí misma el nombre de «realismo» por antonomasia.

Sería un error buscar su refutación única —ni tan siquiera su refutación más profunda— por el lado de la moralidad. La verdad —y lo mismo que ella, la belleza, que no es otra cosa que su «esplendor»— son siempre, *de sí*, purificadoras.

Si el arte y la ciencia deben respetar la moral —si deben dejarse *limitar* por ella— esto ocurre en razón, tan sólo, de la *persona* que los crea y de la *persona* que utiliza o contempla sus productos: arte y ciencia deben limitarse tan sólo habida cuenta de la debilidad humana, que puede tomar ocasión de ellos para pecar; han de evitar el «scandalus pusillorum».

Si no fuera por esto no habría conflicto alguno posible entre pensamiento y moralidad: «Todo es puro para los puros», decía en el siglo pasado una joven, después de una visita a este maravilloso Museo Vaticano del que el farisaísmo de algunos pretende escandalizarse. «Todo es puro para los puros»; y esta joven —Teresa del Niño Jesús— goza hoy del honor de los altares.

El realismo brutal no queda refutado más que extrínsecamente por reflexiones morales propiamente dichas. Su refutación intrínseca ha de apoyarse en la naturaleza misma del pensamiento, en la naturaleza misma de la verdad que constituye su perfección.

Porque la verdad, en la inteligencia, no es simplemente la «expresión» de la realidad; es también, si se le conserva su pleno sentido, su «valoración». La inteligencia descubre, de las cosas, su *ley*; de suerte que al afirmar lo que *son* afirma al mismo tiempo, implícita o explícitamente, lo que *deben ser*.

Cuando antes hacíamos consistir la verdad del pensamiento en ser una «interpretación» de la realidad, ello implicaba ya la tesis —estrictamente correlativa— que afirmamos ahora: que la verdad completa del pensamiento consiste en atribuir a cada cosa su *valor*.

En efecto. Si una interpretación «funde» en unidad la expresión de la realidad objetiva de las cosas con la rea-

idad subjetiva de la persona que las piensa, el escollo del relativismo que afirmaría que pensar la realidad equivale necesariamente a deformarla; que el aspecto subjetivo del pensamiento altera radicalmente su valor objetivo, puede ser evitado *tan sólo por quien caiga en la cuenta de que la repercusión de mi personalidad en la interpretación que yo haga de la naturaleza no es otra que la valoración de las cosas que se me presentan; y que la «afirmación» que hago de ellas —el «es» de mi juicio— implica el situarlas dentro del orden infinitamente graduado del Ser.*

Pragmatismo y cientifismo

No es hacer ningún descubrimiento decir que el mundo moderno no se interesa por la verdad en sí misma. Le interesan tan sólo las consecuencias prácticas que del conocimiento de esta verdad se deriven.

Esta renuncia a la verdad es tan profunda que ha invadido incluso la pedagogía; enorme atrevimiento de presentarse como justificable y justificada.

Hay que decirlo. En la medida en que un maestro cede a esta corriente — sea él religioso o seglar — está renunciando al mismo tiempo *a toda labor verdaderamente educativa*. Si a alguna verdad le concede todavía valor en sí misma (las verdades religiosas, pongamos por caso), no podrá hacerlas aceptar, sino a costa de un interno ilogismo, por unos jóvenes cuya mentalidad él mismo ha conformado de un modo radicalmente vicioso. En un clima de pragmatismo, la verdad no puede ser recibida.

El predominio que hoy en día se concede a las carreras de tipo práctico sobre las especulativas es una traducción al exterior de *este íntimo desorden* —el desprecio de la verdad en sí misma—, sin cuya corrección *no podrá hablarse nunca de Reino de Cristo en la sociedad*; ya que el reconocimiento de la verdad como fin en sí misma es parte integrante de este Reino.

Este pragmatismo ha viciado incluso nuestros métodos de apostolado: la que el Sumo Pontífice ha denostado como «herejía de la acción» es un ejemplo de ello. Una vida pendiente en todo instante de «aprovechar el tiempo»; que confunde el ocio perezoso de la poltrona con el ocio fecundo de la celda; que confunde la intensidad de vida con la intensidad de acción, y la intensidad de acción con la intensidad de movimiento: he ahí uno de los aspectos, y en modo alguno el menor, que caracterizan al mundo de hoy como profundamente ajeno a la mentalidad cristiana.

Igualmente ajeno a esta mentalidad nos aparecería cierto «cientifismo» que podría levantarse en pro de la especulación, enarbolando el lema «la ciencia por la ciencia». Para mostrarlo, hemos de volver atrás y rehacer el hilo de nuestro discurso.

El pensamiento es «interpretación» de la realidad, y esta palabra incluye un sentido valorativo. El hombre volca su personalidad en los juicios que formula sobre las cosas, atribuyendo a cada una un valor. Pues bien. La «ciencia», en sentido moderno de la palabra, prescinde de este aspecto valorativo del conocimiento intelectual.

Esta actitud, mientras es puramente «precisiva», mientras es provisional, es legítima, gracias al carácter abstracto de la ciencia, que puede acantonarse en el mero descubrimiento de relaciones esenciales. La «ciencia», en este sentido estricto prescinde de la *existencia* de su objeto —la existencia, como tal, no es objeto de la ciencia, sino de la filosofía— y, por lo mismo, del *valor* de su objeto, ligado necesariamente a la existencia. Así se explica que tan «científico» nos aparezca el conocimiento que pueda yo tener de un molusco cuando he acertado a de-

finirlo convenientemente, como el que pueda tener del hombre.

Mas la ciencia, al renunciar, siquiera metódicamente, a toda función valorativa (que ella estimaría perjudicial a la objetividad), se incapacita para hacer, delante de la presión de los valores utilitarios, su propia defensa; no es de extrañar que haya fracasado en su empresa.

Si el pragmatismo es un mal que sólo una inveterada miopía puede no reconocer como tal, su corrección no ha de buscarse por el lado de un cientifismo «romántico» que no será otra cosa, en el mejor de los casos, que un artículo de lujo para la sociedad.

Al propugnar —como un necesario correctivo a la mentalidad moderna si queremos que «Cristo reine sobre nosotros» en todo el sentido de la palabra —una debida jerarquización de las ciencias y *un aprecio social conforme a esta jerarquización*, se impone que las «carreras» de tipo «práctico» cedan la primacía que hoy por hoy injustamente detentan a las ciencias especulativas; pero se impone con mayor fuerza si cabe que al nombrar a éstas *pensemos ante todo en las humanidades, no en las ciencias del mundo impersonal*.

Dos disciplinas destacan entre las humanidades: la Historia y la Filosofía. La primera se ocupa *de hecho* del objeto que goza de mayor valor entre los seres que constituyen nuestro mundo, a saber: del hombre. La Filosofía *justifica*, además, la superioridad de este objeto. Esta justificación de la valoración que ella misma hace *presupone un criterio*, que no puede ser otro que *el Ideal* supremo de toda perfección. Si la Filosofía se interesa ante todo por el hombre entre todos los seres de nuestra experiencia es porque se interesa más todavía por Dios. «Deum et animam scire cupio», decía San Agustín; «Tota fere Philosophia ad cognitionem Dei ordinatur», dice Santo Tomás.

¿Cuándo va a reconocer el mundo moderno la primacía *objetiva* de estos temas por los cuales la filosofía se define: Dios y el alma, el tiempo y la inmortalidad? ¿Cuándo va a reconocer el hombre moderno que el problema de los problemas —corrijamos la expresión: el misterio de los misterios— es el misterio de Dios y el de su propio destino? ¿Es ello posible mientras no se apece de su pragmatismo? Y mientras tal no haga, *¿reinará realmente la Verdad de Cristo en su inteligencia?*

La verdad filosófica, que aliente tanto a la esencia como a la existencia de las cosas; que las considera en función de su valor, culmina en la afirmación de la existencia de un Dios trascendente y personal. Ella encierra *lo más alto que el hombre pueda decir*.

Mas ella reconoce implícitamente por lo mismo la existencia de una Verdad superior. Por encima de lo que el hombre pueda decir de la Naturaleza, de la Historia, de Dios, está *lo que Dios mismo puede decir*. La dignidad de la Filosofía va unida al reconocimiento de la autoridad superior de este «verbo» de Dios.

Mas entonces: *si una revelación de este Verbo existe; si en realidad de verdad «este Verbo se ha hecho carne y ha morado entre nosotros», el hombre deberá aceptar este hecho con todas sus consecuencias; y la perfección y sinceridad de su Historia y de su Filosofía tendrán por exacta medida la humildad con que accedan a subordinarse a esta «Sabiduría» superior.*

Su inserción en el Cristianismo; su aceptación del noble lugar subordinado que en el Imperio de Cristo sobre las inteligencias les compete, no representará ya otra cosa para ellas —lo mismo que para el hombre que así las profese— sino la sobrenatural compleción de lo que constituía su aspiración íntima: la posesión, no de «verdades», sino de «La Verdad».

Jaime Bofill

¿QUE SE PROPONEN LOS UNIVERSITARIOS?

«La ciencia es un vino exquisito que, a veces, se sube fácilmente a la cabeza.» PIO XII

La especial predilección con que siempre han sido mirados los universitarios por Su Santidad el Papa felizmente reinante y la esperanza que en ellos depositan todos cuantos se preocupan por el porvenir del mundo atormentado de hoy, ayudan a valorar la responsabilidad que vaneja necesariamente a tanto honor y a tan alta preferencia.

Esta valoración es de todo punto necesaria. Porque con facilidad la soberbia humana deriva esta preferencia, y el mismo concepto de «selección» en que se concreta, hacia un egoísmo muy propio de ciertas minorías que no conocen en grado suficiente su función respecto de las mayorías, a las que en definitiva ha de proyectarse todo el caudal de verdades que cultivan los hombres dados al estudio y a la investigación.

No es una novedad, ni será por tanto atrevido, afirmar que de este egoísmo no se podrá huir con eficacia hasta tanto la ciencia y la fe vivan en perfecta identificación y estrecha armonía. Esta afirmación sonará a tópico en los oídos de muchos familiarizados con el lenguaje de la Iglesia, pero es actual y lo será mientras no exista la adecuación entre los hechos y las palabras, en que la verdad consiste. Y la sinceridad obliga a declarar la plena vigencia de su contenido cuando los universitarios, considerados en general, no se proponen con suficiente empeño y necesaria valentía la busca de la verdad. La verdad total, se entiende. La verdad íntegra, de que son parte todos los hallazgos de la ciencia y todas las especulaciones del pensamiento ortodoxo. La verdad suma a la que nunca llegará por sí sola la humana inteligencia.

De cuál sea el alcance y el valor de esta verdad suprema nos da elocuente testimonio el discurso que Su Santidad Pío XII dirigía hace ya más de ocho años a los universitarios de A. C. «Acordaos —les decía— de que la verdad es la madre de la humildad y de la caridad. Vuestra vocación universitaria os encamina a ser guía de quienes os rodean, y la primera y más alta lección de verdad que debéis hacerles acoger y comprender es la enseñanza de Cristo transmitida a ellos no menos que a vosotros por la voz de la Iglesia, maestra y guía universal de los creyentes» (1).

A la luz de este criterio explícitamente enseñado por el Papa y reiteradamente expuesto en otros importantísimos documentos y alocuciones, queda clara la misión del universitario y de la misma Universidad en un país católico: «Ser heraldos de la verdad católica, los nuevos apóstoles del Evangelio, en el seno de la sociedad de los doctos y de los tibios modernos» (2).

Como haciéndose eco de estas directrices pontificias se formula en el temario de las ponencias que se desarrollarán en la próxima Asamblea de Congregaciones Marianas universitarias esta inquietante pregunta: ¿Se proponen los universitarios en su trabajo instaurar la PAZ de Cristo en el REINO de Cristo? ¿No es ésa, acaso, cuestión vital para el verdadero resurgir del espíritu cristiano de todo un pueblo al que mañana regirán los que hoy frecuentan las aulas universitarias?

La variedad de los objetivos inmediatos o de los problemas cotidianos que se ofrecen al estudio, la orientación inicial que quiere ceñir a las actividades profesionales de un futuro no lejano todos los esfuerzos de una etapa tan decisiva, distrae la atención y no permite descubrir el verdadero fin a que estos esfuerzos dispersos han de ir ordenados si obedecen a un ideal trascendente, compatible, ¡cómo no!, con otros objetivos concretos, respetuoso con las propias inclinaciones, suave, pero decididamente subordinadas a él.

Desviar la mirada de este fin a que debe tender toda cultura en el ámbito católico es minimizar la ciencia misma, grande y excelsa, es cierto, pero cuya desconexión con aquel objetivo supremo y último viene a ser las más de las veces ocasión de solaz interno para el que la posee, entretenimiento en que se regodea el alma a solas o cuya acción externa no pasa a lo más de ser un petulante alarde de conocimientos esporádicos, sin trabazón, sin unidad, sin finalidad determinada que no sea para ir a parar, en definitiva, en beneficio y fama de aquel que la posee y nunca en utilidad de aquellos a quienes debiera proyectarse y transmitirse.

Si el saber ha de estar reñido con la virtud, no por necesidad, sino por una forzada violación en la que tiene parte principal el orgullo del hombre caído; si la ciencia, aun no declarándose enemiga de la fe, no es definitivamente instrumento de fines más altos. Si, en una palabra, la ciencia no está totalmente al servicio de Dios, de una manera real, constante, eficiente, ¿cuál será el bienestar que pueda producir para una sociedad que en medio de tantas contradicciones busca en definitiva la felicidad que sólo en Dios tiene su base, su fundamento y su fin?

Esta grave desviación, que no es sino un síntoma del general apartamiento de Dios, triste característica de nuestros tiempos, no sólo redundará en perjuicio de la ciencia misma y a la larga de la sociedad huérfana de criterios rectos y sólidos, sino que, como corolario inevitable, produce en los que la cultivan con miras estrechas y con perspectivas limitadas esta infatuación cuyos amargos frutos prueba la humanidad doliente de la postguerra. Las soluciones de los sabios que con solas las luces de la razón natural intentan pacificar un mundo encendido por el odio, muestran la impotencia del saber que no sirve dócilmente a la verdad, que orgullosamente se emancipa de la tutela del que es «camino, verdad y vida».

Petulancia colectiva, abierta soberbia, apostasía total, tres eslabones de una misma cadena cuyo fin no acierta a imaginar las razón humana víctima de sus propios desvarios.

Sabia y profunda la admonición que el mismo Pío XII hacía a los universitarios en el discurso de que ya se ha hecho mención: «Vuestra cultura más elevada no os hace por eso mejores que vuestros hermanos que veis dedicados a oficios más modestos. Ni tanto os exalta sobre ellos como para romper el sublime vínculo y la excelentísima vía de la caridad, por medio de la cual baja también la cultura a humillarse con los humildes para elevarse conjuntamente en la escuela de Cristo» (3).

He aquí la característica de la verdadera ciencia. He aquí, además, su fin: humillarse con los humildes para elevarse conjuntamente en la escuela de Cristo. Esto es, la plena reconciliación de la fe y la ciencia. La subordinación de ésta a aquella.

Si los universitarios, además de la cultura persiguen la formación, si no acotan la meta de sus esfuerzos al ámbito estrictamente intelectualista o en el profesional y en todo se acomodan a los sabios preceptos que con universal autoridad propugna el Vicario de Cristo, la Universidad será mucho más que escuela de hombres doctos y cantera de profesionales competentes. Será forja de apóstoles. Y los tiempos nuestros exigen que sea así.

Conseguir esto vale tanto como decir que la ciencia ha alcanzado su fin, que es universal. Y que los que la sirven se proponen conscientemente, por la amplitud y ambición de sus miras, por la grandeza de sus ideales, la instauración de la Paz de Cristo en el Reino de Cristo.

Roberto Coll Vinent

(1) Vid «Ecclesia», Tomo I, núm. 9, pág. 22.

(2) Idem, pág. 21.

(3) «Ecclesia», Tomo I, núm. 9, pág. 22.

Pensando en el Universitario y su misión

La bella y difícil misión

La bella y difícil misión del universitario, en adjetivos de Pío XII, consiste —y copiamos del discurso del Santo Padre a los estudiantes de Acción Católica en 1941— «en el deber de allanar el camino de Dios hacia muchos corazones y hacer que cese el pernicioso divorcio entre la ciencia y la fe; restablecer los contactos, reanudar los lazos, asegurar la penetración mutua de los dos mundos del saber: la alta ciencia universitaria y la luz revelada por Cristo».

No nos extraña que en la hora presente la más alta jerarquía católica haya dado unas normas tan explícitas. A lo largo de la historia de la Iglesia las orientaciones a los intelectuales han sido consideradas como obligación imprescindible de quien tiene la misión de apacentar el rebaño. Sólo nos bastaría recordar a León XIII guiando hacia la vuelta a los grandes pensadores medievales, como contrapeso al hegelianismo o el interés por la nueva cosmología del antecesor del actual Pontífice.

Desde la declaración papal copiada han trascurrido ocho años. Pío XII no ha desaprovechado ocasión para insistir en esta consigna. Sin embargo, los estudiantes católicos no hemos adoptado una actitud de entrega absoluta a la idea pontificia que no es otra sino la reconquista de la vida intelectual para Cristo. Romper con los últimos rescoldos de la desarmonía del siglo pasado y aprovechar las nuevas corrientes humanísticas, indudablemente más beneficiosas, para que todos los estudios científicos vuelvan a jerarquizarse en la idea cristiana de la que partieron y a la cual han debido sus innumerables atisbos de vitalidad.

En el campo médico —el que mejor conocemos—, no nos cabe la menor duda que la actual Medicina psicosomática representa un gran adelanto para el estudio del hombre en un todo global frente a las ideas localistas de Wirochow o de los bacteriólogos de fines de siglo que ocuparon una fase tan indispensable como ya superada.

Plasmación de la consigna pontificia

Jamás como en la última década se ha tenido conciencia tan clara del tema universitario. En nuestro país los artículos en revistas de juventudes («Ecclesia», «Estrella del Mar», «Anchura», etc.) han analizado diversos aspectos de la vida universitaria. Los congregantes de Madrid han edificado una revista típicamente combativa actual («Forma»).

Los congresos de estudiantes católicos han dedicado su mayor parte a lo universitario. A raíz del Congreso de las Navillas (1945), las Congregaciones Marianas fundaron un Secretariado para coordinar sus esfuerzos en este campo.

El Congreso de Pax Romana (1946) trató ampliamente del tema. En sus conclusiones se insiste palmariamente en conocer la misión docente de la Iglesia y reclamar para ella la necesaria libertad. Se insistió en la parte formativa del universitario católico y se destacaron los medios de combate en la conquista espiritual de la Universidad.

Uno de los problemas más agudos planteado a Pax Romana fué la continuidad de estudios de sus universitarios de Europa oriental y la reconstrucción de las Universidades europeas, viveros seculares de la cultura cristiana,

En el Congreso Internacional de Congregaciones Marianas el tema que analizamos fué extensamente estudiado. Numerosos delegados redactaron una declaración de principios que resume el pensamiento pontificio. Las conclusiones prácticas adoptadas, tras la inclusión de numerosas aportaciones, representan un buen procedimiento de trabajo en el campo del apostolado universitario.

Los ejercicios espirituales, las academias deontológicas y de cultura religiosa superior, la preparación de delegados de curso, las reuniones con todos los grupos que trabajan en la Universidad fueran otras tantas armas reconocidas de actualidad.

Con eficacia semejante la sección universitaria de Acción Católica ha realizado estudios sobre el ambiente estudiantil y ha formado universitarios católicos en el más amplio sentido de la palabra. Destaca el interés desplegado hacia los que llegan procedentes de otros pueblos y ciudades a la capital del distrito universitario. Se les facilita la vida de piedad y se les ayuda en sus primeros pasos por las aulas.

Sentimos no poder en el momento de escribir más datos concretos sobre las actividades de éstos y otros grupos católicos en el campo universitario. Téngase en cuenta que tal labor silenciosa y callada resulta muy difícil de convertir en estadísticas.

Salta a la vista para los familiarizados con el ambiente, que, a pesar de todo, no se han alcanzado los objetivos señalados por Pío XII. Más aún, que su logro queda un poco lejos. El egocentrismo de la postguerra y el indiferentismo han cedido muy pocos palmos de terreno. Las crecientes dificultades profesionales no son tampoco una extraordinaria ayuda para facilitar la labor.

Los primeros peldaños de la gran tarea

Alcanzar los ideales pontificios requiere unas primeras condiciones básicas que faciliten la labor. Su empeño debería ser el primer objetivo para todos los que pretenden la tan deseada unión entre la ciencia y la fe.

A nuestro juicio estas medidas podrían esquematizarse en cinco puntos fundamentales:

Primero: Unión de todos los universitarios católicos. — Los distintos grupos, hijos de concepciones distintas de trabajo reconocidas por los Pontífices y agrupadas en Acción Católica en su más amplio sentido, deberían crear un organismo que los representase mancomunadamente en la vida universitaria.

Ello no supone una ofensa para los demás estudiantes católicos, sino una invitación muy abierta a agruparse en el apostolado activo y batallador, cara a la gran tarea de conquistar la vida intelectual para Cristo.

Las reuniones periódicas de todos los activos luchadores católicos en una misma facultad, la amistad y la ayuda de todos los que trabajan en un mismo curso, sería el primer objetivo. Todas las organizaciones deberían conservar sus peculiaridades que les dan la vida. Pero en el campo católico no pueden tolerarse los localismos. La formación de una agrupación facilitaría el trabajo. Al mismo tiempo daría una auténtica representación de calidad y cantidad y quedarían automáticamente resueltos los problemas que crea la pequeñez visual de muchos y la perfidia envenenada

y sonriente de algunos, al enfrentarse con adversarios atomizados por la división y separados por querellas internas.

No se nos escapa que en algunos centros tales intentos se han realizado en escala privada y con resultados muy halagüeños para el apostolado.

Segundo: Espiritualización de la Universidad. — Sin una elevada vida interior a la altura de los conocimientos universitarios es imposible ejercer acción espiritual alguna. Toda conquista universitaria debe comenzar por la conquista de uno mismo. La primera fase es, pues, individual. Una vez lograda será indispensable la irradiación. No cabe la menor duda que la falta de una vida espiritualmente sólida lleva a muchos desmoronamientos.

Particularmente algunos estudios, y singularmente los médicos por la materia y por el ambiente en el que deben realizarse, requieren una fuerte vida sobrenatural. Sin ella desaparecerá el que debía ser apóstol de Cristo y pasará a formar parte de la inmensa legión de los cobardes, convertidos en apóstoles de la carne y del pecado.

La vida espiritual se irradia a los compañeros y aparece el tipo de universitario que sigue el consejo de Pío XII: «Vivid intensamente vuestra vida universitaria. Es un deber para vosotros. Nada hará a la fe cristiana más simpática y atrayente como el verla abierta, sincera y profunda, unirse en vosotros, con alegre y cordial vínculo, a vuestra vida universitaria y el vivo interés por todo lo que sirve para promoverla y embellecerla.»

Tercero: Equilibrio de conocimientos y formación. — En la necesidad de romper el dilema de ciencia y fe, para integrarlo en una unidad nada será tan dañoso como un fallo en la formación religiosa o una superficialidad de los conocimientos adquiridos. «No aceptéis vosotros —decía Pío XII— ser menos que otros en la palestra del valor científico y de la competencia, de los conocimientos y de la capacidad en el ejercicio de vuestra profesión.»

Paralelamente, se requiere una amplia formación religiosa y humanística. Por desgracia la enseñanza media actúa en una edad poco idónea para abstracciones, y los textos y muchos maestros carecen de toda inquietud que renueva el espíritu en formación de sus alumnos.

La organización en divisiones estancadas (las asignaturas) de los estudios universitarios es un obstáculo para adquirir esta formación humanística en su grado pleno, incluso en el propio ámbito científico.

Cuarto: Afirmación del orden ético universitario. — Con

estas palabras queremos garantizar el máximo respeto a la justicia en los medios universitarios. La función juzgadora debe ser inatacable. Ninguna consideración ampara el reconocimiento de un título para el que no se demuestran conocimientos idóneos.

La valoración de los méritos científicos es también indiscutible. Su acatamiento indispensable al acudir a los certámenes universitarios. No se puede llamar católica a una universidad que no exija el máximo respeto para los méritos de todos sus miembros. Tampoco debe contribuirse a obscurecer a aquellos que sufren la conspiración del silencio, tan bien manjada por los hijos del inferno.

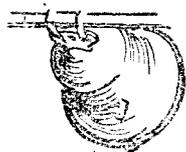
El cumplimiento de estos principios garantiza el acceso a la vida intelectual de las clases económicamente débiles. Un corolario inmediato es el de la formación cultural de todo el país para encontrar en todas las clases sociales a los espíritus selectos, destinados a orientadores de la sociedad. Problema quizás más soslayado ahora que en otros tiempos por alegarse dificultades económicas y como supervivencia del despotismo ilustrado del siglo XVIII, del que han persistido tantos males en los problemas de los derechos educadores de la Iglesia.

Quinto: Orientación profesional intraversitaria. — Debe afrontarse con valentía el problema de la llamada pléthora en las profesiones liberales. Toda labor universitaria será estéril mientras los estudios sean una carrera de obstáculos con la que se pretenda detener el supuesto exceso de licenciados.

La Universidad debe adquirir los medios para asegurar una formación integral a sus alumnos. El número de éstos sería marcado según estas normas.

No se puede dudar tampoco de que en las carreras que dependen directamente de la prosperidad económica del país, corresponde a la Universidad una importante tarea orientadora, con la que se favoreciera el progreso industrial y se aumentara con ello el rendimiento y número de sus miembros. Una condición previa es la de renunciar a la idea de que la Universidad es simplemente una expedidora de títulos. Es deber de todos devolverle la importancia que era tradicional en nuestro país, cuando dictábamos leyes en Trento o fundábamos el Derecho internacional, y también en épocas posteriores, y que por frivolidad y egocentrismo se expone a perder cuando el imperativo de la hora hace más trascendentes para la Iglesia y más útiles para la patria los estudios universitarios.

Ignacio Balaguer Vintro



Molts... avui no escolten les ensenyances de l'Església perquè es creuen més savis que ella, però no ho són.

Muchos... hoy no escuchan las enseñanzas de la Iglesia, porque creen ser más sabios que ella, pero no lo son.

Dr. TORRAS Y BAGES

**«PARA HONOR Y DEFENSA DE LA FE,
 »PARA BIEN DE LA SOCIEDAD CATOLICA,
 »PARA EL PROGRESO DE TODAS LAS CIENCIAS,
 »NOS os EXHORTAMOS con todas nuestras fuerzas A QUE RES-
 »TABLEZCAIS Y PROPAGUEIS con la máxima latitud posible
 »LA AUREA DOCTRINA DE SANTO TOMAS»**

SON PALABRAS de S. S. el PAPA LEON XIII, en su in-
 mortal Encíclica «Aeterni Patris», cuando, tras de advertir
 que se trata «de adoptar, en orden a los estudios filosóficos,
 la idea que mejor consonancia guarde con el bien de la fe
 y con la dignidad misma de las ciencias humanas»; y afir-
 mando que:

«Los Pastores Supremos de la Iglesia juzgaron siem-
 pre, con toda razón, ser cosa tocante a su ministerio el
 esforzarse en elevar la verdadera ciencia»...

Lo justifica con las siguientes razones:

Porque ELLO ATASE AL BIEN DE LA FE:

Pues, si «según aviso del Apóstol, por medio de una filo-
 sofía inútil y falsa y con vana sutileza suele ser seducido
 el ánimo de los fieles y corrompida la sinceridad de la fe»...

«A la Filosofía incumbe defender las verdades revela-
 das por Dios y resistir a todos los que sean osados a com-
 batirlas... Mereciendo ser tenida por arma defensiva y
 muro al mismo tiempo de la religión...»

Y si bien es cierto, dice, que «NO ATRIBUIMOS a la
 humana filosofía tanta fuerza y autoridad, que la juzguemos
 capaz de desarraigar todos los errores; pues, así como en
 el punto de haber sido instituida la religión cristiana, fué
 restituído el mundo a su primitiva dignidad por medio de
 la admirable luz de la fe, difundida "no con palabras per-
 suasivas de humano saber, pero sí con los efectos sensibles
 del espíritu y de la virtud de Dios", ASI HA DE ESPE-
 RARSE TAMBIEN AHORA DE LA VIRTUD TODOPODE-
 ROSA DEL MISMO DIOS PRINCIPALMENTE, Y DE SU
 EFICAZ AUXILIO, que la humana inteligencia, disipadas
 las tinieblas de los errores, vuelva en sí y los conozca...»

«NO ES RAZON despreciar ni dejar a un lado los me-
 dios naturales... con que es ayudado el humano linaje, en-
 tre los cuales consta ser principal el recto uso de la filo-
 sofía...»

Ahora bien,

«Entre todos los Doctores escolásticos descuella sobre-
 manera, como príncipe y maestro que fué de todos ellos,
 el Angélico Tomás de Aquino, de quien nota muy bien Cay-
 telano, que, por la suma veneración con que honró a los
 Doctores Sagrados, recibió en cierto modo el entendimiento
 de todos ellos...»

«... y alcanzó a DEBELAR EL SOLO TODOS LOS ERRO-
 RES DE LOS TIEMPOS ANTERIORES, Y PROPORCIO-

NAR ARMAS INCONTRASTABLES CON QUE EXPUGNAR
 Y DESTRUIR LOS QUE SUCESIVAMENTE HABIAN DE
 NACER EN ADELANTE.»

Porque lo EXIGE EL BIEN DE LA SOCIEDAD CA-
 TOLICA:

En efecto, por cuanto si bien se mira, «toda la causa de
 los males que actualmente NOS AFLIGEN Y DE LOS QUE
 NOS AMENAZAN, es haberse corrido a todas las esferas de
 la vida social, siendo recibidas con muchos apiausos, LAS
 DAÑADAS SENTENCIAS QUE YA HACE TIEMPO SALEN
 DE LAS ESCUELAS FILOSOFICAS ACERCA DE LAS CO-
 SAS DIVINAS Y HUMANAS»...

Y «todos vemos en CUAN GRAVE PELIGRO DE RUINA
 se encuentran LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD CIVIL, cau-
 sada por la pestilencia de los errores que circulan por
 ella: de seguro mayor paz y seguridad gozaría, SI EN LAS
 UNIVERSIDADES Y ESCUELAS se enseñara una doctrina
 más saludable de la que se enseña, tal como la contienen
 las obras de Tomás de Aquino.»

Porque LO REQUIERE EL VERDADERO PROGRESO
 DE LAS CIENCIAS:

«El Doctor Angélico abarcó las conclusiones filosóficas
 en las RAZONES Y PRINCIPIOS que, por su considerable
 latitud, CONTIENEN DENTRO DE SI LA SEMILLA DE
 INNUMERABLES VERDADES...»

Por lo cual, «TODAS LAS CIENCIAS deben concebir
 viva esperanza de PERFECCION Y AUMENTO y prome-
 terse muchos AUXILIOS DE ESTA RESTAURACION pro-
 puesta por NOS en orden a los estudios filosóficos...»

CONFIRMADAS por la voz de S. S. el PAPA PIO XI
 en su Encíclica «Studiorum Ducem», al decir que:

«PARA EVITAR LOS ERRORES, fuente y cabeza de TO-
 DAS LAS MISERIAS DE ESTOS TIEMPOS, hay que ser
 fieles, HOY MAS QUE NUNCA, a la doctrina del Aquina-
 tense. "Pues Santo Tomás destruye totalmente los errores
 modernistas en cualquiera de sus manifestaciones..." So-
 bradamente se explica con esto el porqué los modernistas
 A NINGUN OTRO DOCTOR DE LA IGLESIA TEMEN TAN-
 TO COMO A TOMÁS DE AQUINO...»

Y «que si en la vida privada y en la pública y en las relaciones internacionales SE GUARDARAN EXACTA E INVARIABLEMENTE los preceptos contenidos en la segunda parte de la Suma Teológica acerca del régimen paterno o doméstico, y del régimen legítimo de la ciudad o nación, del derecho natural y del derecho de gentes; de la paz y de la guerra, de la justicia y del dominio, de las leyes y de su observancia, del deber de atender a las necesidades particulares y a la prosperidad pública; NO SERIA MENESTER MAS para conseguir entre los hombres LA PAZ DE CRISTO EN EL REINO DE CRISTO, que el mundo anhela vivamente...»

¿Y ES ALGO DISTINTO DE ELLO LO QUE TE DICE NUESTRO SUMO PONTIFICE PIO XII, felizmente reinante, con palabras que resuenan todavía en el aire? (Discurso al Congreso de Humanistas, de 25 de septiembre último.)

¡A TI, UNIVERSITARIO, SE DIRIGE LA IGLESIA!

«Una cosa venimos hace mucho tiempo deseando CON EL MAYOR EMPEÑO: que todos vosotros PROVEAIS A QUE LA JUVENTUD ESTUDIOSA SEA RICA Y COPIOSAMENTE ALIMENTADA en los raudales purísimos de sabiduría que manan PERPETUAMENTE de la fuente abundante del Angélico Doctor.» (De la Encíclica «Aeterni Patris».)

«Conviene que los jóvenes todos, pero todavía más los que son esperanza singular de la Iglesia, sean nutridos con manjares excelentes de doctrina, y armados de todas armas, se ejerciten en sostener con sabiduría y fortaleza la

«Si es verdad, como se ha dicho justamente, que las ideas —buenas o malas— guían al mundo, se debe concluir de aquí la importancia de los intercambios de puntos de vista entre filósofos para proyectar un rayo de luz sobre las cuestiones actuales...»

«Humanismo y ciencia política», tal es el tema de vuestros trabajos. El humanismo está a la orden del día. Sin duda es difícil definirlo... Sin embargo —AUNQUE «el humanismo haya pretendido largo tiempo oponerse formalmente a la Edad Media»—, no es menos cierto que TODO LO QUE ÉL COMPORTA de verdadero, de bueno, de grande y de eterno pertenece al universo espiritual DEL MAS GRANDE GENIO DE LA EDAD MEDIA: Santo Tomás de Aquino. En sus tratados generales, el concepto del hombre y del mundo, tal como aparece en la perspectiva cristiana y católica, permanece, en lo esencial, idéntico a sí mismo.

causa de la religión.» (De la Encíclica «Studiorum Ducem».)

POR CONSIGUIENTE:

Si, como te invita a hacerlo el VICARIO DE CRISTO: «QUIERES allanar el camino de Dios hacia muchos corazones y hacer que CESE EL PERNICIOSO DIVORCIO ENTRE LA CIENCIA Y LA FE»;

Si «QUIERES RESTABLECER LOS CONTACTOS, reanudar los lazos, asegurar la penetración DE DOS MUNDOS DEL SABER: la alta ciencia universitaria y la LUZ REVELADA POR CRISTO»...

¡RESPONDE A ESTE LLAMAMIENTO!

¡ITE AD THOMAM!

«A TODOS cuantos AHORA sienten hambre de VERDAD, NOS les decimos: «ID A TOMAS» a pedirle alimento de sana doctrina de la que él tiene opulencia para la vida sempiterna de las almas».

PIO XI. Enc. «Studiorum Ducem»

«No exijan unos de otros más de lo que EXIGE DE TODOS LA IGLESIA, maestra y madre de todos; EN AQUELLAS CUESTIONES EN QUE SUELEN DISPUTAR EN LAS ESCUELAS CATÓLICAS los autores de más renombre y son de opiniones contrarias, a nadie HA DE PROHIBIRSE seguir la sentencia que considere más verosímil.»

PIO XI. Enc. «Studiorum Ducem»



LAS IDEAS GUIAN EL MUNDO

TODO LO QUE EL HUMANISMO COMPORTA DE VERDADERO, DE BUENO, DE GRANDE Y DE ETERNO, PERTENECE AL UNIVERSO ESPIRITUAL DEL MAS GRANDE GENIO DE LA EDAD MEDIA: SANTO TOMÁS DE AQUINO

El Santo Padre recibió en audiencia, el día 25 de septiembre, a los participantes en el Congreso de Estudios Humanísticos, que se ha celebrado en Roma. Su Santidad, dirigió a los congresistas el siguiente discurso:

«De todo corazón respondemos, señores, con un caloroso saludo de bienvenida a vuestro delicado homenaje. Hay en este saludo algo más que una simple muestra de benevolencia general y de gratitud por vuestra presencia. Vuestras reuniones, en efecto, han despertado en nuestro espíritu un vivo interés. Si es verdad, como se ha dicho justamente, que *las ideas —buenas o malas— guían al mundo*, se debe concluir de aquí la importancia de los intercambios de puntos de vista entre filósofos para proyectar un rayo de luz sobre tantas cuestiones actuales, sobre las que muchas gentes, las más incompetentes sobre todo, hablan con seguridad y decisión. Esto no tendría importancia si no produjera otro resultado que desorientar los espíritus y sembrar en ellos la confusión, particularmente en esta bella juventud intelectual, llamada a guiar mañana la próxima generación.

«Humanismo y ciencia política», tal es el tema de vuestros trabajos. El humanismo está actualmente en el orden del día. Sin duda es difícil definirlo y reconocer, a través de su evolución histórica, una idea clara de su naturaleza. Sin embargo —aunque el humanismo haya pretendido largo tiempo oponerse formalmente a la Edad Media, que le precedió—, no es menos cierto que *todo lo que él comporta de verdadero, de bueno, de grande y de eterno pertenece al universo espiritual del más grande genio de la Edad Media: Santo Tomás de Aquino*. En sus rasgos generales, el concepto del hombre y del mundo, tal como aparece en la perspectiva cristiana y católica, permanece en lo esencial idéntico a sí mismo: de la misma manera en San Agustín, que en Santo Tomás o que en el Dante; incluso igual en la filosofía cristiana contemporánea. La obscuridad de algunas cuestiones filosóficas y teológicas que se han esclarecido y resuelto gradualmente en el curso de los siglos no obsta a la realidad de este hecho.

«Sin tener en cuenta opiniones efímeras que han tenido su momento en las diversas edades *la Iglesia ha afirmado el valor de lo que es humano y conforme a la naturaleza*; sin dudar ha buscado desarrollarlo y ponerlo a la luz. La Iglesia no admite que ante Dios el hombre no sea sino corrupción y pecado. Por el contrario, a sus ojos el pecado original no ha afectado íntimamente sus aptitudes y sus fuerzas y ha dejado esencialmente intactas la luz natural de su inteligencia y su libertad. El hombre, dotado de esta naturaleza, fué sin duda herido y debilitado por

la pesada herencia de una naturaleza manchada y privada de sus dones sobrenaturales y preternaturales; le es preciso hacer un esfuerzo, observar la ley natural —y esto con el concurso todopoderoso de la gracia de Cristo—, para vivir como lo exigen el honor de Dios y su propia dignidad de hombre.

«*La ley natural! He aquí el fundamento sobre el que reposa la doctrina social de la Iglesia*. Es precisamente su concepción cristiana del mundo la que ha inspirado y sostenido a la Iglesia en la edificación de esta doctrina sobre tales fundamentos. Cuando combate por conquistar o por defender su propia libertad, es a la vez por la verdadera libertad y por los derechos primordiales del hombre por los que combate. A sus ojos, estos derechos esenciales son tan inviolables, que contra ellos ninguna razón de Estado, ningún pretexto de bien común podrían prevalecer. Están protegidos por una barrera infranqueable. Más acá, el bien común puede dar leyes a su gusto. Más allá, no; no puede tocar estos derechos, porque son lo que hay de más precioso en el bien común. Si se respetara este principio, ¡cuántas catástrofes trágicas y cuántos peligros amenazantes se tendrían a raya! Por si solo él podría renovar la fisonomía social y política de la tierra. Pero, ¿quién tendrá este respeto incondicional de los derechos del hombre sino aquel que tiene la conciencia de obrar bajo la mirada de un Dios personal?

«La naturaleza humana sana, si se abre a todas las aportaciones de la fe cristiana, puede mucho. Puede salvar al hombre de la estrechez de la «tecnocracia» y del materialismo. Hemos tenido mucho gusto, señores, en proponer estos pensamientos a vuestra reflexión. Deseamos que puedan orientar vuestras investigaciones y vuestra enseñanza de filósofos en una dirección análoga. No; el destino del hombre no está en la «geworfensein», en el «délaissement». El hombre es criatura de Dios. Vive constantemente bajo la guía y la vigilancia de su providencia paternal. Trabajemos, pues, por volver a alumbrar en la nueva generación la confianza en Dios en sí mismo, en el porvenir, para hacer posible el advenimiento de un orden de cosas más tolerable y más feliz.

«¡Quiera Dios, principio y fin de todas las cosas, alfa y omega, bendecir vuestros esfuerzos y darles una bienhechora fecundidad!»





SEDES SAPIENTIAE

«En esto también hemos de seguir el ejemplo de Santo Tomás, que nunca se ponía a leer o escribir sin pedir antes el divino auxilio...; y así supliquémos a Dios todos a una con humilde y concorde ruego que envíe a los hijos de la Iglesia el espíritu de ciencia y de entendimiento, y les abra el sentido con que entiendan la sabiduría. Y para que sean más abundantes los frutos de la bondad divina interponed ante Dios el patrocinio efficacísimo de la Santísima Virgen, Trono de la Sabiduría.»

PIO XI. Enc. «Studiorum Ducein»

Discurso del Santo Padre a las mujeres de la Acción Católica italiana

Con ocasión del XL Congreso de las Mujeres de Acción Católica de la provincia de Roma, en el cual participaron más de 40.000 asociadas. Su Santidad el Papa les dirigió el siguiente discurso:

Por muy legítima que sea vuestra alegría, amadas hijas, para conmemorar el XL aniversario de vuestra Asociación, os habéis reunido a nuestro alrededor con disposiciones y pensamientos todavía más elevados. Habéis querido señalar una etapa de vuestra vida, o, como suele decirse, un punto y aparte; es decir, lanzáis una mirada al camino recorrido, considerando con ojo certero las circunstancias ante las cuales os encontráis actualmente, y en este momento esperáis de nosotros conocer qué deberes os imponen y qué consejo os debemos dar; en una palabra, deseáis fijar hoy el itinerario y el programa de vuestra próxima etapa.

En el decurso de estos cuarenta años habéis avanzado animosamente, pero también el mundo ha caminado, y con vertiginosa rapidez por cierto. Se trata, por lo tanto, en primer lugar, de ver si vosotras habéis sabido acelerar el paso para no dejaros pasar y para no quedar atrás inútilmente; pero lo que más importa es observar si vosotras, que sois lo bastante fuertes para no dejaros arrastrar por la corriente del tiempo, habéis contribuido en alguna manera, aunque sea modesta, a guiarla, a acelerarla o a frenarla; en una palabra, a regularla para darle mayor firmeza y continuidad.

Sí, el mundo ha cambiado; pero no intentamos hablar solamente de los grandes acontecimientos que han señalado fechas memorables en su historia, especialmente las dos guerras mundiales, de las cuales la segunda, incomparablemente más que la primera, han impuesto, aun a las mujeres italianas, inauditos y sobrehumanos sacrificios. Tenemos sobre todo presente la evolución verificada en este período de tiempo en vuestras condiciones de vida, evolución a la que habría que llamar revolución completa.

Cuando nació vuestra Unión, se había iniciado ya este cambio en algunos puntos. Hoy se ha completado. La mujer italiana, y en primer lugar la joven, ha salido del retiro y del ocultamiento de la vida doméstica y ha entrado ampliamente en los puestos, en las oficinas, en las responsabilidades y en los derechos que anteriormente eran propios exclusivamente de los varones. La mujer italiana —y esto le hace honor— no ha hecho su ingreso en la vida pública de la nación con un espíritu de ligereza. Habiendo llegado a la mayoría de edad independiente y con igualdad de derechos, hoy es igual al hombre en la economía y en el trabajo, en la ciencia y en el arte, en las profesiones liberales, en las oficinas públicas y en la participación de las determinaciones políticas y administrativas del Estado y del municipio.

Otras veces hemos tenido ocasión de exponer las consecuencias de esta transformación y de poner a plena luz las obligaciones que de ahí se derivaban. Lo hemos hecho en las circunstancias más variadas: reuniones de mujeres italianas, congresos internacionales de mujeres católicas, audiencias a los jóvenes y a los recién casados. Hemos tratado este asunto tanto en general como según los estados particulares de la mujer: obrera, empleada, maestra, participante en la vida política. ¿Qué podríamos añadir sobre tan graves cuestiones a lo que hemos hablado con tanta frecuencia?

Sin embargo, nos sentimos inclinados a hablaros de estas cuestiones para recomendaros con renovado ardor las necesidades de la familia y de la juventud.

Pero, ante todo, desde lo más profundo de nuestro co-

razón debemos elevar nuestra acción de gracias al Señor Todopoderoso por las grandes obras que habéis podido efectuar en los cuatro decenios transcurridos. ¡Cuánta buena voluntad! ¡Cuánto heroísmo y sacrificio! El lema que habéis escogido, «fortes in fide», ha venido a ser vuestro mejor elogio.

¡Cuánto debe a vuestro apostolado la conservación de la fe y de la vida cristiana en el pueblo italiano!; ¡cuán vasta ha sido vuestra acción caritativa en la paz y en la guerra para todas las clases del pueblo! ¡La mano de Dios os ha conducido; la gracia os ha hecho fuertes! ¡Sea honor y alabanza a Él!

Después, amadas hijas, os damos las gracias de modo particular por haber llevado a efecto una misión de gran importancia: dedicar y guiar a la mujer italiana en el cumplimiento de los graves deberes ante Dios y la propia conciencia, que han cargado sobre ellas. Ha sido un trabajo arduo y lleno de abnegación, que habéis llevado a cabo por la causa de Dios y por los más altos bienes de la nación, por su civilización cristiana. Y el Señor ha bendecido vuestro trabajo.

Y ahora, amadas hijas, examinemos más detenidamente el tema de nuestro discurso, porque queda mucho por hacer y la Iglesia espera mucho de vuestro incansable celo.

Cada vez más altos y penetrantes resuenan en los cielos europeos y más allá de los mares los gritos de socorro por las infelices condiciones de la familia y de las generaciones jóvenes. Todos sabemos que en ello tiene una gran parte de culpa la guerra. Esta es culpable, sobre todo, de la violenta y funesta separación de millones de esposos y de familias y de la destrucción de innumerables habitaciones.

Pero es igualmente cierto que *la verdadera y precisa razón de tan gran mal es todavía más profunda. Hay que buscarla en aquello que con un término comprensivo se llama materialismo, en la negación o al menos en el olvido y en el desprecio de todo lo que es religión, cristianismo, sumisión a Dios, y a su ley, vida futura y eternidad.*

Como un aliento pestífero, el materialismo invade cada vez más todo ser y produce sus primeros frutos en el matrimonio, en la familia y en los jóvenes.

Y puede decirse que es unánime el juicio de que la moralidad de tan gran número de jóvenes está en continua decadencia. Y no sólo de la juventud de las ciudades. También en muchas campiñas, donde aun florece una sana y robusta pureza de costumbres, la degradación moral es muy poco inferior, mientras que todo lo que excita en las ciudades al lujo y al placer ha obtenido entrada libre hasta en las aldeas.

Es superfluo recordar cuánto se ha usado y abusado de la radio y el cine para difusión de este materialismo y cuánto ha contribuido a aumentar la superfluidad, la mundanidad, la sensualidad de la juventud, la radio, el cine, los malos libros, las revistas ilustradas licenciosamente, los espectáculos vergonzosos, el baile inmoral y la inmundicia de las playas.

Las informaciones que llegan de las más diversas regiones señalan nuevas ocasiones para originar el abandono religioso y moral de los jóvenes. Pero en primer lugar es el responsable el desmoronamiento del matrimonio, a lo cual suele ser atribuido el relajamiento moral de la juventud, que es su índice y funesta consecuencia.

Es sabido que este cuadro no se presenta de manera

idéntica en todos los países y que Italia se cuenta entre las regiones más sanas que quedan, y Nos mismo hemos admirado muchas veces los escuadrones de magnífica juventud pura, valiente y fuerte, capaz de todos los sacrificios en la defensa de la fe y de la virtud.

Y, sin embargo, también en vuestra patria las generaciones jóvenes han sido duramente afectadas.

No sabremos encontrar otros objetivos por los cuales la Iglesia debe empeñar todas sus fuerzas como por la salvación de la familia y de la juventud. Y por eso se fija especialmente en vosotras, mujeres y madres de familia. Vosotras habéis trabajado desde hace tiempo con este fin y lo habéis hecho objeto de vuestras discusiones.

Tres puntos fundamentales

Las conclusiones de vuestro Congreso atestiguan vuestro noble y apostólico esfuerzo por poner los recursos de la sociedad doméstica cristiana a la altura de las circunstancias actuales. *Por nuestra parte, quisiéramos llamar vuestra atención sobre tres puntos:*

PRIMERO. Digamos por adelantado que todo cuanto pueda contribuir a una *sana política social* para bien de la familia y de la juventud cristiana, puede contar siempre con el apoyo eficaz de la Iglesia.

Lo que Nos hace dos años decíamos a los jóvenes de Acción Católica lo repetimos a vosotras. *La Iglesia, desde luego, sostiene firmemente el avance de la justicia social.*

A estos avances pertenece el procurar al pueblo las viviendas necesarias. Ante todo para aquellos que formen una familia o la han formado ya. ¿Se podrá concebir una previsión social de más urgencia? ¡Cuán penoso es ver a los jóvenes que han llegado a pensar en crear una familia y que deban esperar años y más años solamente a causa de la falta de viviendas, con peligro de que en esta espera enervadora todos terminen por marchitarse moralmente! Debéis trabajar en cuanto esté de vuestra parte, con vuestra propaganda y vuestra acción, por la construcción de viviendas, de modo que la dignidad del matrimonio y la educación de los hijos no tengan nada que sufrir por la carencia de ellas. Bendecimos vuestras escuelas de economía doméstica y todo cuanto tiende a favorecer la instrucción de la mujer en el gobierno de la casa, en el atractivo del hogar y en el cuidado y educación de los hijos; todo lo que sirva para la preparación no solamente fisiológica, sino más aún, espiritual y social para el matrimonio; todo lo que dediquéis al pensamiento de la elección y al adiestramiento de la profesión futura, lo bendice la Iglesia.

No olvidéis que entre las vocaciones de la mujer está también la vocación religiosa, el estado de las vírgenes consagradas a Dios. Esta observación es hoy tanto más oportuna cuanto que en la justísima estima de la acción apostólica en el mundo podría a veces insinuarse, apenas perceptible una sombra de naturalismo que velaría la belleza y el valor fecundo que yace en el fondo de la entrega total a Dios del corazón y de la vida. *El apostolado de la Iglesia apenas se puede concebir actualmente sin la cooperación de las religiosas en la obra de caridad, en la enseñanza, en la ayuda al ministerio sacerdotal y en las misiones.* Pertenece, pues, a la mujer italiana el asegurar para Italia las vocaciones necesarias. Ya sabéis que su benéfico influjo refluye de muchas maneras de las vírgenes consagradas a Dios a las mismas familias cristianas.

SEGUNDO. Reconociendo toda la importancia de una sana política social para la salvación de la familia y de la juventud cristiana, sin embargo esto no es más que un elemento preliminar. De otra manera, la familia en las clases socialmente elevadas no debería ser (como en realidad es) igual y acaso más expuesta a la decadencia que en las clases socialmente más bajas.

El neoplasma de la familia y de la juventud es el languidecimiento de la fe y del temor de Dios, del sacrificio y de la buena conciencia, el infiltrarse el materialismo no sólo en el pensamiento y en el juicio, sino también en la práctica de la vida, aun en no pocos que quieren ser y permanecer fieles creyentes.

Contra este mal no hay sino un remedio: *firmeza de la fe en los padres*, que con su ejemplo y con la instrucción religiosa y la educación moral engendren también en los hijos una fe incommovible. Firmeza en la fe. Por tanto, nada de superficialidades, nada de formas sin contenido ni de piedad por mero sentimentalismo. Los usos piadosos tradicionales en la familia cristiana, comenzando por el crucifijo y por las imágenes santas, deben ciertamente ser tenidos en el máximo honor. Pero ellos deben tener su verdadero sentido, y lo tendrán realmente si están fundados en una íntima fe sólida, en cuyo centro se encuentren las grandes verdades religiosas. ¡Qué inmenso valor tiene, por ejemplo, el pensamiento de la omnipresencia de Dios para el hombre practicante y creyente! ¡Qué incomparable ayuda para la educación de los hijos!

El ejemplo de los padres. ¿Quién no conoce su insustituible eficacia? La oración del padre y de la madre junto con los hijos; la concienzuda fidelidad a la santificación de las fiestas; el lenguaje respetuoso cuando se trate de la religión y de la Iglesia; calma y diligencia, honesta, leal, irreprochable conducta de vida. *¡La instrucción religiosa de los hijos! ¡Dulce oficio de la madre en los primeros años!* Vosotras, madres, teníais entonces al niño en vuestras manos. Pero el tiempo que entonces se pierde difícilmente se podrá ganar del todo. En esto, ¡ah, madres cristianas!, consiste vuestro éxito más prometedor, pero también vuestra responsabilidad más grande.

TERCERO. *La educación moral de la juventud.* Es de tal importancia, que, aunque está comprendida en los puntos precedentes, merece que se la considere aparte.

En otros tiempos, la madre de familia, cuando veía despuntar en sus hijos los primeros síntomas de la adolescencia, redoblaba su vigilancia para proteger su virtud en la crisis de la edad. Sentía calmarse sus inquietudes al verle mantenerse fiel a sus deberes religiosos, a la santificación de los domingos y de las fiestas.

Hoy la observancia del precepto dominical no es ya una garantía segura para la conducta moral de la juventud. Esta escisión entre la religión y la moralidad es bastante significativa, ya que aquellos dos elementos, si son genuinos, hacen una unidad indivisible. Sin duda ha habido siempre alguna falta moral, pero *cuando la vida religiosa ha sido sana y firme, repercute en la conciencia personal y pública.*

También en esto no hay más que un remedio: poner ante los ojos del niño desde los primeros años los Mandamientos de Dios y habituarle a cumplirlos. *La juventud de hoy está no menos dispuesta y pronta que la de otros tiempos a obrar bien, a servir a Dios. Pero debe ser educada para esto.*

Oponed al ansia de lujo y de placer la educación en la sinceridad y en la sencillez. La juventud debe aprender de nuevo a dominarse y a afrontar las privaciones. No debe suceder que sea más gravosa para los padres con peticiones que éstos no puedan satisfacer. Sencillez y parsimonia han sido siempre virtudes propias del pueblo italiano y deben seguir siéndolo. La misma economía nacional lo exige.

Educad a la juventud en la pureza; ayudadla cuando sea necesario con una palabra o con un consejo. No olvidéis, sin embargo, que una educación lo abarca todo. Habitad a la juventud al dominio de sí misma, pues esto es lo mejor que podéis conseguir en este terreno.

Educadla en la obediencia y en el respeto hacia la autoridad. Esto es cosa fácil cuando el hombre se somete a Dios y reconoce el incondicional valor de sus manda-

COLABORACION

mientos. *Para el hombre incrédulo y que niega a Dios no puede existir autoridad verdadera, justa y ordenada, «porque no hay potestad que no provenga de Dios»* (Rom., 13, 1). EL INCRÉDULO NO PUEDE REGIR NI PUEDE SER REGIDO MÁS QUE CON EL TEMOR Y CON LA FUERZA.

Todas estas verdades son ciertamente elementales. Pero son las mismas que con excesiva frecuencia se olvidan y que necesitan por eso su renovación, y conseguir lo que nos proponemos solamente será posible si se cumplen estas exigencias fundamentales.

Entregaos, amadas hijas, al trabajo, o proseguidlo animosamente con clara visión del fin hacia el que tendéis: la salvación del matrimonio cristiano, de la familia y de

la juventud. Las fatigas y los riesgos a que os sometéis son realmente por la causa de Dios y de la Iglesia, al mismo tiempo que por los supremos intereses de vuestro pueblo y de vuestra patria. Porque es conocido el principio de que *un pueblo en el que se disuelve el matrimonio y la familia, tarde o temprano está destinado a la ruina.*

Que el Señor sea con vosotras; que El os conceda «querer y obrar con buena voluntad» (Phil., 2, 13); que su Santísima Madre María, vida, consuelo y esperanza nuestra, mantenga siempre en vuestra Asociación el espíritu de mutuo respeto y confianza, de amor y de celo apostólico, en prenda de lo cual os damos de todo corazón nuestra paternal bendición apostólica.»

Mis recuerdos del monte Athos

II (*)

Era un día de verano y mi aya estaba ocupadísima haciendo confitura. Nos sentimos libres, corrimos al jardín, nos subimos a un árbol, del árbol pasamos al muro de la casa vecina y en menos tiempo del que tardó en contarlo nos hallamos en el jardín ajeno.

A modo de indios en la selva cruzamos entre los matorrales y desembocamos en un claro donde estaban sentados dos desconocidos monjes a juzgar por el hábito negro que llevaban. Hablaban en voz queda y de vez en cuando se reían mirando de una parte a otra.

Cuando estuvimos de vuelta, aquella misma tarde pregunté a mi aya acerca de nuestros vecinos.

—¿Nuestros vecinos? Son monjes... La casa de al lado es el "Podvorie" del monasterio de Athos.

Más tarde supe que el "Podvorie" era una institución mediante la cual los monjes se comunicaban con el mundo externo. Al Podvorie concurrían muchos peregrinos y era allí donde los monjes vendían y compraban lo que les interesaba. Pero para mí la noticia más importante era que en la casa vecina se podía adquirir "artes" y otros productos y cosas maravillosas, como las que vienen en el saco del viejo peregrino.

En otoño ingresé en la escuela. Era desdichoso, estudiaba mal y fueron escasos los progresos que hice, quedando muy atrás al terminar el curso. Por todo ello el inminente examen, el primero en mi vida, se me antojaba horrible. Mi aya asimismo estaba inquieta. En vísperas del horrendo día me llevó al Kremlin, me hizo besar los iconos milagrosos y después nos dirigimos al "Podvorie". Allí habló ella largo rato con un monje, le entregó una cantidad, al parecer importante, de dinero y recibió a cambio un paquete bastante voluminoso.

A la mañana siguiente salí de casa con un gusto de sal en la boca, con los bolsillos llenos de "artes" y llevando

a modo de escapulario un trocito del "manto de la Virgen", así como otros relicarios que bien no recuerdo.

Segunda experiencia

Pasaron muchos años. Estudiaba en la Universidad, seguía viviendo en Moscú e iba muy a menudo a casa de mi tío.

Mi tío era una figura prominente del "clero blanco". Era uno de los tres Protopresbíteros que había en Rusia y por esto en su casa se reunía lo más selecto del clero raso. Entre ellos conocí personajes realmente notables y curiosos.

Recuerdo entre ellos a un anciano venerable que, según se decía, se distinguía por su piedad y devoción. Al acabar los oficios besaba todos los iconos, incluso aquellos que no podía alcanzar, por lo que lo hacía sirviéndose del pomo de su cayado.

Otro era un lego de no sé que monasterio, pero en su santidad dejó tamañitos a los monjes de Athos: ni siquiera en su vocabulario admitía palabras del género femenino. Se expresaba por ello en forma extraña y no pocas veces muy divertida.

Los dos se fueron muy pronto al Monte Athos.

En esto mi compañero de juegos y camarada en la Universidad tuvo un gran contratiempo. De colegial travieso se había transformado en muchacho sonrosado, con cara de querubín de esos que cuelgan en el árbol navideño. Procedía de muy buena familia, pero constituía una triste excepción. Jugador, borracho y goloso en extremo, adolecía de todos los vicios y no le adornaba ninguna virtud. Dejaron de recibirlo en casa de mi tío y luego le expulsaron de la Universidad. Puesto "al margen de la instrucción", gracias a la intervención de personajes influyentes consiguió un buen empleo. Y he aquí que se produjo el escándalo: desfalco, falsificación y puede que

(*) Véase CRISTIANDAD, núms. 130-131, págs. 374-375.

algo peor en que estuvo comprometido el buen nombre de un noble ilustre.

Le echaron tierra al asunto e Ilucha desapareció de mi horizonte. Al terminar los estudios tuve necesidad de ir a Grecia y de recorrer los Balcanes por razones que no son del caso.

--Si te encontrases en la proximidad del Monte Athos no dejes de visitar los monasterios -- me recomendó mi tío.

En el curso de una conversación le mencioné el "arboles" y el mantón milagrosos.

Mi tío se proveyó de cartas de recomendación para los igamemos del Monte y me acordé de ellas al desembarcar en Corfú.

Textos impresos

Algún tiempo después me dirigía a Skopje atravesando la Macedonia para alcanzar el expreso de Salónica.

Habiéndome detenido en el monasterio de Studéniza, estaba próximo a Velés en una calesa bastante confortable, pero aunque habíamos superado ya el desfiladero de Dmir-Karu, la región que atravesábamos aun era desértica. Rocas y peñascos se sucedían ininterrumpidamente en el corazón de la selvosa Chumádia que se extendía al sur de Belgrado.

A la izquierda del camino había alambradas y las siluetas desagradables de unos centinelas que me recordaron los consejos que oíera en Studéniza:

--Lo principal es que no se encuentre en el camino al caer la noche. Esta región está muy azotada por las frecuentes incursiones de los "comitadjis" búlgaros, que no son menos terribles las bandas de los "kadjaks" locales, que no son más que bandidos. En una palabra-- me había dicho un monje amigo mío--, esta parte de los Balcanes es un conglomerado de nacionalidades. Aquí hay serbios, búlgaros, turcos, arnautas y no pocos griegos. La política y el bandolerismo se complementan mutuamente. El bandolerismo especialmente es aquí una profesión y en las bandas se puede encontrar gente de todas las condiciones... Aquí-- mi amigo se santiguó y agregó en ton de gran misterio --, incluso, hay monjes de Athos.

Al acercarnos al río Vardar, en cuya orilla se halla el pintoresco poblado de Velés, miré el sol y advertí que

ya estaba velado por la tenue neblina que ascendía de los desfiladeros. Apremié al arnauta que conducía mi carruaje. El hombre fastigó sus caballos y llegamos sin contratiempo a Velés antes de la puesta del sol.

En la Plaza Mayer y cerca del mercado reinaba inusitada animación. Mejor dicho, se alzaba indescribible algarabía. Sobre todo, chillaban las mujeres; turcas tocadas con graciosas "chulvares" y descomunales calzones de muselina, otras con "feredjés" polieromos ceñidos con fajas bermejas y calzando típicas babuchas; servias luciendo faldas recamadas y mandilés; albanesas con blancos atavíos y zingaras con largos levitones... Y en medio de ellas muchos soldados y gendarmes.

Nos detuvimos ante la imposibilidad de avanzar. Me apeé y avancé curioso para averiguar de qué se trataba. No encontré dificultad alguna para abrirme paso entre la veciferante multitud, pues muchos creyeron que yo era algún destacado representante de la autoridad y se apartaban presurosos.

Muy pronto comprendí de qué se trataba. Rodeados por soldados y gendarmes, maniatados y cabizbajos, allí estaban unos cuantos "kadjaks" que acababan de ser apresados. Por los gritos y exclamaciones inferí que se trataba nada menos que del famoso "padre" Gregorio.

Traté de aproximarme para contemplar de cerca a ese "héroe" y quedé boquiabierto: Todo en su rostro y figura me era familiar, aunque desde luego, nueva y extraña indumentaria: el gorro negro y puntiagudo, la camisa ricamente bordada y los calzones turcos azules.

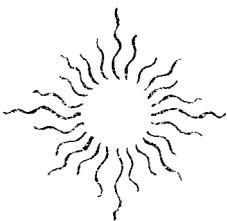
A pesar de su atavío le reconocí inmediatamente: era Ilucha, el amiguillo de mi infancia, mi compañero de clase, falsario, borracho y aventurero de Moscú y finalmente el "padre" Gregorio del Monte Athos...

Pero no había de detenerse aquí mi asombro. A su lado vi a un hombre de edad proveyeta y de rostro marchito en que reconocí al irreducible enemigo del género femenino que conociera en casa de mi tío.

Al día siguiente abandonaba Velés sin haber intentado siquiera entrevistarme con los detenidos.

Sólo me queda por decir que a partir de entonces me formé del Monte Athos y de sus monjes un juicio muy distinto del que tuviera en mis años mozos y que este criterio no cambió cuando lo visité unos años más tarde.

A. Marcoff



RAZON DE ESTE NUMERO

Todas las actividades del hombre han de tender a un único fin: el de su salvación y santificación. En manera alguna pueden excluirse de este principio universal, las labores culturales. El saber, la investigación, podrán constituir una misión más alta que las demás, pero no tanto como para que reconozcan el fin supremo a que todo acto humano se subordina.

Este apartamiento es más peligroso cuanto más elevadas son las esferas en que se mueve el hombre. Por eso la ciencia se desvía con facilidad por derroteros que cierran o reducen sus amplísimos horizontes.

A ilustrar sobre esta verdad van encaminadas las páginas del presente número de CRISTIANDAD. Y a que su lectura convenza más y más sobre la necesidad cada día mayor de una estrecha armonía entre la ciencia y la fe.

EDITORIAL: **Universidad, universalidad**, por R. C. V. (pág. 457).

HACIA EL CUARTO AÑO JUBILAR: **La festividad de Cristo Rey.- Hermoso programa** (pág. 458).

PLURA ET UNUM: **Jerarquía de las Ciencias en el Reino de Cristo**, por Jaime Bofill (págs. 459 y 460); **¿Qué se proponen los universitarios?**, por Roberto Coll Vinent (pág. 461); **Pensando en el Universitario y su misión**, por Ignacio Balaguer Vintó (págs. 462 y 463).

DEL TESORO PERENNE: **«Para honor y defensa de la Fe...»** (págs. 464 y 465); **Las ideas guían el mundo** (pág. 466); **Discurso del Santo Padre a las mujeres de la Acción Católica Italiana** (págs. 468 a 470).

COLABORACIÓN: **Mis recuerdos del monte Athos**, por Alexis Marcoff (págs. 470 y 471); **El milenarismo de Ciuny**, por Joaquina Cemas (págs. 472 y 473); **Ante un reciente libro erudito**, por José M.^a Font Bius (págs. 477 y 478).

A LA LUZ DEL VATICANO: **El problema de Palestina y los derechos de la Cristiandad (VI)**, por José Oriol Cuffi Canadell (págs. 471 y 472).

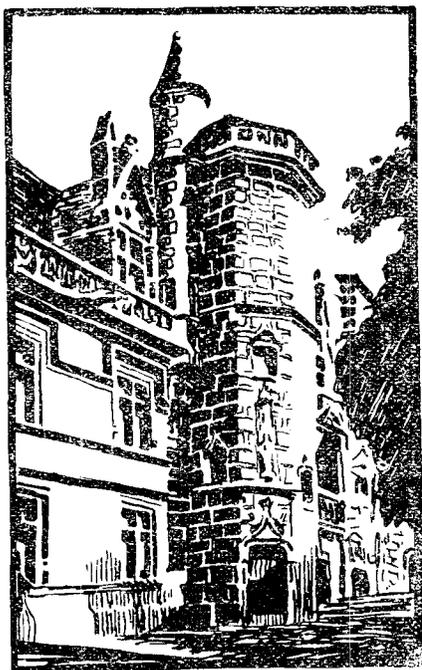
DE ACTUALIDAD: **La santa madre Iglesia** (pág. 476); **La cuestión de los desplazados y de los campos de concentración.-La persecución religiosa en la Europa oriental**, por J. O. C. (págs. 479 y 480).

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Joaquín Mascaró, Ignacio M.^a Serra Geday y otros.

El milenario de Cluny

Durante los días 9 al 11 de julio del presente año, la ciudad de Cluny ha celebrado el milenario de su famosa abadía, con una serie de actos que han animado momentáneamente las ruinas de aquel centro de irradiación de la Cristiandad. Desde 1910, en que fué conmemorado el milenario de la fundación de la Orden Cluniacense, ya no se había vuelto a ver tal concurrencia en torno de aquellos vestigios gloriosos. Trajes talares y hábitos monacales, poblándolos como por encanto durante tres días, han devuelto este recinto de la pequeña ciudad de Borgoña a sus antiguos señores benedictinos. Los monjes de «La Pierrequi-Vire», después del gran oficio de pontifical, han elevado sus cánticos litúrgicos. A través de las calles del viejo burgo surgido en torno del monasterio, que huelen a flor de tila y pan caliente, las reliquias de los santos fundadores de la Orden, laboriosamente reunidas, fueron llevadas en procesión por los sucesores de aquellos cenobitas medievales, y desfilaron por los claustros que ningún monje había vuelto a pisar desde hace ciento cincuenta años.

Al margen de esta celebración religiosa y de las manifestaciones populares, un pequeño congreso ha reunido un grupo de intelectuales, presidido por M. Marcel Aubert, miembro del Instituto de Francia, bajo los auspicios de la municipalidad de Cluny, de diversas sociedades culturales de Borgoña y de la Academia de Mâcon. El marco de esta reunión ha estado a la altura de las circunstancias, pues ha sido habilitado para el caso el viejo palacio abacial de Jacques d'Amboise, el mismo prelado que construyó aquel magnífico del boulevard Saint-Germain en París, digno de reyes, y que por azar, tal vez no del todo fortuito, ha vuelto a abrir sus puertas estos días como museo gremial de la Edad Media. Unos cuantos centenares de peregrinos escucharon las doctas disertaciones: el profesor de la Universidad de Harvard, K. J. Conant, presentó la reconstitución metódica de las tres iglesias que se han sucedido hasta la gran abacial de San Hugo, y mientras los asistentes admiraban aquellas explicaciones, he aquí que



«Hôtel de Cluny», construido por el abad Jacques d'Amboise

en el brazo sur del crucero —bajo el famoso campanario octogonal o del «agua bendita», único vestigio presente del gran edificio desaparecido— los monjes volvían a cantar el oficio litúrgico de Completas, y mientras que las golondrinas, en esta hora crepuscular, cruzaban en todas direcciones por encima de las ruinas venerandas abiertas a todos los vientos.

El famoso escritor católico M. Etienne Gilson, de la Academia Francesa —que recientemente ha visitado España con motivo de las fiestas conmemorativas del centenario de Jaime Balmes—, dejó oír su voz autorizada y elocuente. Con expresión lenta y firme exaltó la significación del arte cluniacense, poniendo en parangón la serenidad llena de paz de Pedro el Venerable, último gran abad de Cluny, con la combatividad ascética de San Bernardo. Al hacer el elogio de Cluny, se hace el del humanismo cristiano por completo, ya que gracias a la arqueología, a la música sacra y a la historia se puede penetrar en el recinto espiritual e invisible de la antigua abacial de Borgoña, tierra española en tiempos de esplendor.

Con asistencia del ministro de la Información, M. Mitterand, del Ilmo. señor Obispo de Autun y del Inspector general de Monumentos Históricos, M. Jean Verrier, se inauguró el museo cluniacense, instalado en la Harinera del palacio abacial, con hermosos artesanos del siglo XIII, y que reúne vetustos muebles góticos o renacentistas, esculturas y toda clase de restos arquitectónicos, tapicerías y cuadros diversos procedentes de Cluny, así como la urna que contuvo un día el corazón de San Hugo. Las grandes figuras de la Orden: San Odón, San Odilón, San Hugo, los papas que salieron de este monasterio, son evocados en la visita a estas salas, que reúnen cuanto ha logrado salvarse de los saqueos repetidos de aquel recinto sagrado, aureolado por una antigüedad milenaria.

• • •

Terminadas las fiestas conmemorativas, vueltas al silencio de los siglos las calles y las praderas circundantes, tostadas por el sol de verano, quiero dejar escritas unas líneas que me sugiere el recuerdo de Cluny. El turista no es frecuente que vaya a perderse en aquella localidad de la línea de Châlon a Roanne, como no sea que aspire deliberadamente a evocar una de las épocas de más esplendor de la Cristiandad. El alojamiento, por otra parte, es agradable, y la Borgoña es una de las regiones de Francia donde los visitantes llevan el recuerdo de una mesa copiosa y selecta. El ancho valle, cerrado por colinas pobladas de pinos, aparece cubierto de viñas y praderas. En el siglo IX, el bosque llegaba hasta las orillas del riachuelo llamado La Grosne, siendo lugar dilecto de regías cacerías hasta que Guillermo el Piadoso, duque de Aquitania, hizo donación de estos parajes a San Bernón, abad de Beaume y fundador de Gigny, para que se instalara allí con doce compañeros. Ocurría esto en el año de gracia de 910. Fueron sucediéndose los abades: San Odón, que adoptó la regla de San Benito; San Aymardo, San Mayolo, San Odilón (el más famoso de todos los abades de Cluny), San Hugo y, finalmente, Pedro el Venerable. El arte románico tuvo allí su cuna. La circulación por las vías romanas, que había desaparecido casi, volvió a ser activa a través de pistas que unían los trozos que se conservaban de aquéllas, y a lo largo de los itinerarios, la Orden de Cluny multiplicaba los hospicios para albergar a los viajeros y más tarde

a los peregrinos. La congregación se extendía —poderosa de miles de conventos fundados por ella o resultado de la reforma de abadías más antiguas—, desde España hasta Polonia, y desde Escocia hasta Sicilia, llegando su vanguardia hasta Tierra Santa. En nuestra patria hubo algunos monasterios cluniacenses, si bien no alcanzaron relativa grandeza dentro de los de la regla benedictina, por lo menos hasta independizarse de Cluny, bajo la reforma del Cister u otra obediencia. Se citan, sin embargo, como cluniacenses: Santa María la Real de Nájera, San Zoil de Carrión, San Isidoro de Dueñas, San Boal de Pinal, San Vicente de Salamanca y una serie de ellos esparcidos por todo el Noroeste de la península ibérica.

Abel Fabre, en su «Manuel d'Art chrétien», dice que fué la comunidad cluniacense la que desarrolló la afición a las artes, en oposición a la orden del Cister, que había aprendido de San Bernardo una cierta austeridad artística. La abacial de Cluny, hasta la construcción de San Pedro de Roma, fué la iglesia más vasta de la Cristiandad. Las artes menores practicadas en las abadías dependientes de ella eran sobre todo la caligrafía, la miniatura, la pintura sobre vidrio y la orfebrería. Eran obra, no de los monjes o Padres, título reservado a los sacerdotes, sino de los legos, familiares y oblatos. La arquitectura románica era consubstancial con la arquitectura monástica y su influencia se ejerce en el Norte y Oeste de España y en el reino latino de Jerusalén.

Henri Focillon, profesor de la Sorbona y del Colegio de Francia, cuya magnífica obra «El arte de Occidente» aparecerá en breve traducida por mí al castellano, ha destacado, con la finura de estilo con que él sabe hacerlo, la función que en la evolución y desarrollo del arte medieval ha tenido la abadía cluniacense. «En la época románica —ha dicho—, el papel político y moral de Cluny es considerable.» Forma como una monarquía, una monarquía de monjes, que se apoyan sobre el espíritu. El abad de Cluny, el abad de los abades, es un soberano. Su autoridad moral se ejerce incluso fuera del sistema del cual es cabeza. Los más grandes fueron santos y jefes. Su comunidad da a la Iglesia varios papas, numerosos doctores y algunas de aquellas grandes figuras que, como San Odón, San Hugo, resumen y transfiguran por sus virtudes toda la humanidad de su tiempo. Cluny, dice Emile Mâle, es lo que hay de más grande en la Edad Media. Aquellos grandes abades eran artistas, no como los príncipes amigos del fasto y magníficos en edificios, sino de una manera más profunda, más esencial. Amaban la música, amaban la nobleza y la grandeza de la forma. En la historia del arte

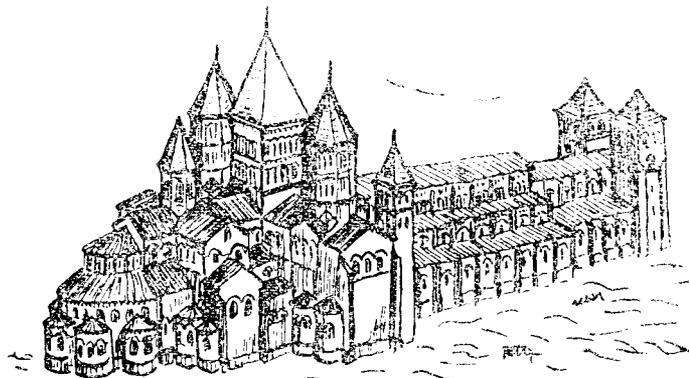
románico se yerguen en primer plano, más bien como organizadores que como inventores de una morfología y de un estilo cuyas raíces son más profundas.

* * *

¿Qué queda hoy de lo que fué Cluny como centro modelico del arte religioso de la Edad Media? Los hugonotes primero y los revolucionarios de la República más tarde han destruido aquel incomparable edificio, que hizo de la abadía cluniacense una de las glorias de la Cristiandad. «El vandalismo, como ha dicho Etienne Gilson, es una de las formas de la estupidez más ruinosas para los países que las practican en su propio suelo.» No se puede acusar a la municipalidad de Cluny, que en modo alguno es responsable de este crimen y que hizo cuanto pudo para evitarlo. Pero no se podría pedir que sostenga por sí sola un edificio construido antaño a expensas de las cuatro mil casas profesas de la Orden. La ciudad vivía entonces de la abadía, no la abadía de la ciudad. Con motivo de la desamortización, los que compraron el dominio abrieron una calle a través de la iglesia, y como los muros les estorbaran para el parcelamiento de solares, derribaron con dinamita los campaniles, y así debió ser destruido lo que quedaba aún en pie de las naves románicas, del más puro estilo. El visitante puede contemplar aún el brazo sur del crucero, cuya bóveda se eleva a 33 metros, altura no superada en la época de su construcción por ninguna otra iglesia del mundo, con algunos restos del ábside, el gran campanario octogonal del «Agua Bendita», que domina, desde sus 62 m., toda la ciudad, así como la torre del reloj y la capilla ojival construida por el abad Juan de Borbón en el siglo xv. En estos edificios mutilados es donde han tenido lugar las ceremonias religiosas a que hemos aludido al comienzo de este artículo. En aquellos tiempos, cuando se construía la maravillosa basilica de San Hugo, que ahora vemos en ruinas, Cluny, cuna del arte románico, era un centro religioso de capital importancia en Occidente, al mismo tiempo que ostentaba la capitalidad intelectual de toda Europa. Allí están las raíces de una civilización cristiana que se adelanta a su época y que nos hace sacar la provechosa enseñanza de que en el recogimiento y en la meditación se encuentra la fuente de la acción más fecunda. Nuevos días de barbarie nos aguardan, las ruinas milenarias tal vez sean de nuevo removidas por turbas insensatas e inconscientes. Pero con sus muelles calcinados, su recia estructura románica y su campanario enhiesto, que es una oración de piedra, Cluny nos dirá siempre su mensaje de paz y de esperanza.

Joaquín Comas

Catedrático de Historia



Reconstrucción de la Basílica de Cluny

El problema de Palestina y los derechos de la Cristiandad

VI (*)

S. S. PIO XII RECUERDA LA INSUFICIENCIA DE LOS MEDIOS HUMANOS

La O. N. U. se desentende prácticamente de la cuestión.

El día 30 de abril de 1948, el Presidente de la Comisión de las Naciones Unidas para Palestina, recién llegado a Estados Unidos después de una prolongada estancia en aquel país, presentó un informe ante dicha Comisión sobre el estado del gravísimo problema creado por el inminente abandono, por parte de la Gran Bretaña, del mandato sobre la Tierra Santa, asegurando que al finalizar aquél estallarían una guerra de envergadura. Aseguró también que la partición de Palestina era un hecho y que afectaría incluso a Jerusalén, no obstante la decisión de la Asamblea General de la O. N. U. que preveía un régimen de internacionalización para la Ciudad Santa y sus alrededores.

No sabemos exactamente la impresión que pudieron causar ambas noticias en los medios de las Naciones Unidas, pero seguramente no fué muy alarmante cuando la propia Comisión, después de escuchar las manifestaciones gravísimas de su Presidente, se limitó a continuar sus gestiones con el Consejo de Alimentación de urgencia y con la Unión Postal, a fin de asegurar los suministros y el mantenimiento de comunicaciones con Palestina.

De la inminencia de un sangriento conflicto, de los peligros que amenazaban a los Santos Lugares y de la posibilidad de que quedasen vulnerados los propios acuerdos de la Organización de las Naciones Unidas, ni una palabra, ni el más mínimo indicio que pudiese significar una elemental postura de decoro y de atención hacia el mundo cristiano. ¿Qué importaban a la O. N. U. tales cuestiones?

Pero lo cierto era que las frecuentes e intensas disputas entre los árabes y los sionistas iban a adquirir bien pronto un carácter totalmente distinto. La figura siniestra de la guerra, con todas sus calamidades y con todas sus ruinas, vigilaba incansable el momento de poder lanzar sus afiladas garras sobre la tierra santificada por la presencia y por la sangre derramada por nuestro divino Redentor. Y la iniquidad acechaba el instante en que podría dar comienzo a su obra diabólica, convirtiendo a la patria terrena del Hijo de Dios en campo abonado del odio y de la violencia.

Nadie parecía darse cuenta de la importancia y consecuencias que habrían de derivarse del nuevo estado de cosas creado en Palestina; nadie, sino tan sólo quienes en el secreto de las cancillerías y en los conciliábulos de los enemigos del nombre cristiano, trabajaban incansablemente para el éxito definitivo de sus planes.

La guerra, cuyo esallido estaba seguramente previsto en tales planes, no inmutaba en lo más mínimo a quienes patrocinaban la creación de un Estado judío en la Tierra Santa; como no les habían inmutado los refriegas sangrientos que diariamente sembraban de angustia y de dolor a los sufridos habitantes de aquellas regiones, enervada de la Historia y de la sociedad universal de nuestra era.

(*) Véase CRISTIANDAD, núms. 127, 128-129, 132, 133 y 134-135, págs. 310-311, 334-335, 393-399, 422-423 y 451-452, respectivamente.

El Papa exhorta a implorar a intercesión de la Santísima Virgen

Desde el centro del mundo cristiano, la Cabeza visible de la Iglesia seguía atentamente la marcha de los acontecimientos y no cesaba de solicitar la cooperación de los hombres de buena voluntad y, por encima de todo, la protección del cielo para poner fin a tantas discordias y a tantas calamidades. El mes de mayo que iba a comenzar, dedicado especialmente a la Virgen Santísima, quería el Papa que fuese consagrado primordialmente a la oración para impetrar la intercesión poderosísima de la Madre de Dios en pro de una auténtica reconciliación entre los pueblos y entre las clases sociales, como base precisa de la suspirada paz.

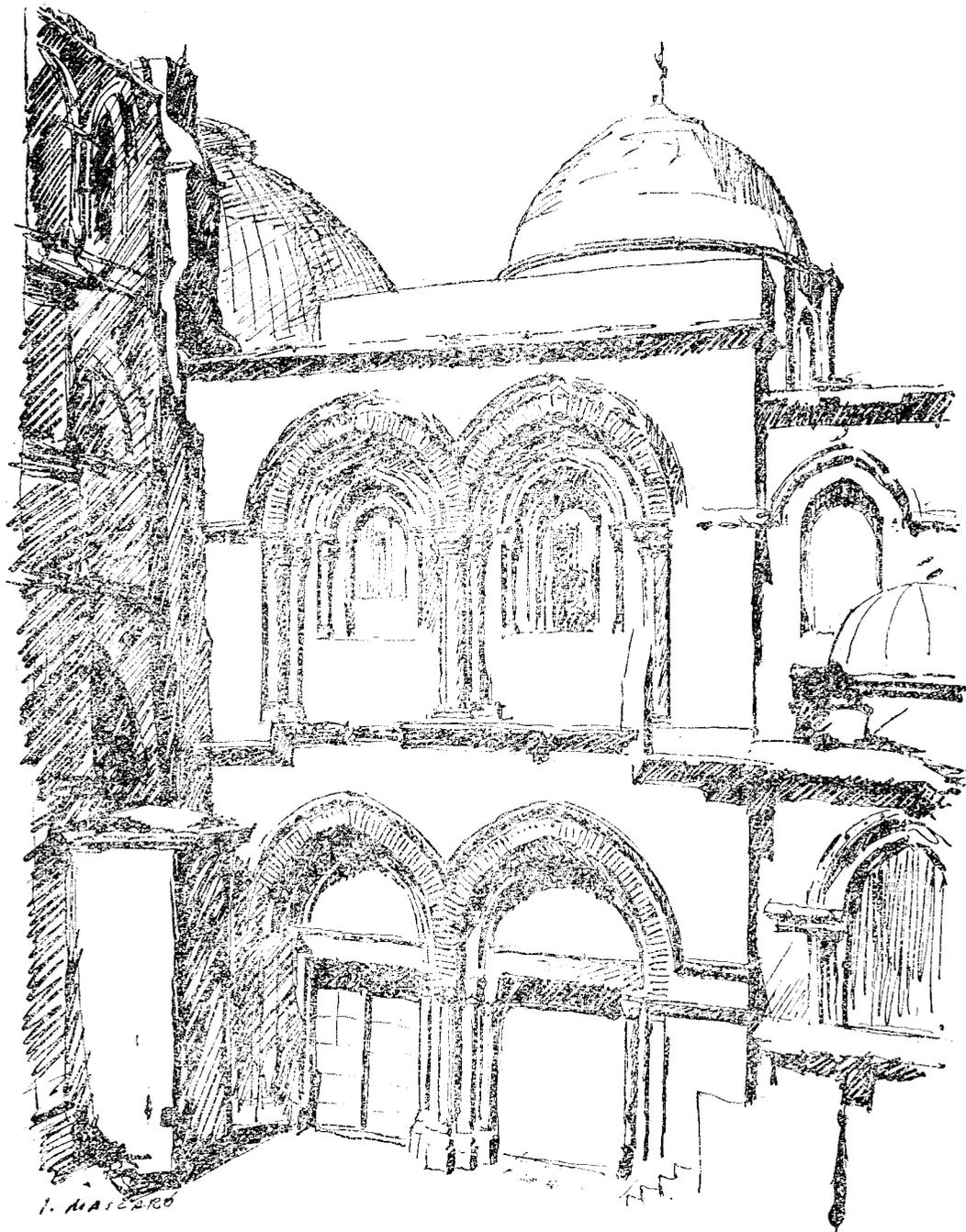
En tal sentido, el Santo Padre dirigió a los Obispos su Carta Encíclica de 1.º de mayo, en aquel mismo mes en que por decisión de las grandes potencias había de fraguarse el proyecto de entregar en manos del sionismo el territorio palestínés.

Comenzaba el Papa su Encíclica aludiendo a los indicios que hacían prever una orientación «ardiente» de la comunidad de los pueblos hacia «los saludables caminos de la paz, después de las terribles devastaciones causadas por la conflagración en el mundo entero». Pero junto a tales motivos de consuelo aparecían en el horizonte nuevas preocupaciones y gravísimas angustias.

Y añadía el Papa: «Efectivamente, aunque en casi todas las partes de la tierra la guerra ha terminado, sin embargo la deseada paz aun no ha serenado las mentes y los corazones. Más todavía, se nota aún que el cielo se va obscureciendo con nubes amenazadoras. Nos, por nuestra parte, no cesamos de dedicarnos, en cuanto nos es posible, a alejar de la familia humana los peligros de otras calamidades que la amenazan. Pero como los medios humanos resultan insuficientes, nos dirigimos suplicantes a Dios y exhortamos al mismo tiempo a todos nuestros hijos en Cristo, esparcidos por todos los países de la tierra, para que se unan con nosotros en impetrar los auxilios celestiales.»

Para ello, Su Santidad Pío XII exhortaba a todos los fieles, «y especialmente a los niños por Nos tan amados», para que durante el mes de mayo acudiesen a los pies de la Santísima Virgen María para implorar su ayuda, uniéndose a sus súplicas «propósitos de renovación cristiana y obras de saludable penitencia».

«Y ante todo —continuaba diciendo el Papa—, den a la Virgen Madre de Dios y benignísima Madre nuestra las más vivas gracias por haber conseguido con su poderosa intercesión el suspirado fin de la gran conflagración mundial y por tantos otros beneficios como nos ha obtenido del Altísimo. Pero, al mismo tiempo, pídanle con renovadas oraciones que finalmente resplandezca como don del cielo la mutua paz fraternal, la paz buena entre todas las gentes y la deseada concordia entre todas las clases sociales. Cesen las discordias que no son para nadie de provecho; compónganse, de acuerdo con la justicia, las disputas, que muchas veces son fuente de nuevas desventuras; aménense y consolídense entre las naciones las



JERUSALEN. — Fachada de la Basílica del Santo Sepulcro

relaciones públicas y privadas; tenga la religión, autora de toda virtud, la libertad que le corresponda y el pacífico trabajo de los hombres bajo los auspicios de la justicia y el soplo divino de la caridad produzca, para bien de todos, los más abundantes frutos.»

Los Santos Lugares devastados por nuevos estragos y terribles ruinas

Nuestras oraciones, insistía el Romano Pontífice, son gratas a la Santísima Virgen cuando brotan «de corazones enriquecidos por las necesarias virtudes». Y proseguía diciendo: «Esforzaos, por consiguiente, con vuestro celo apostólico, en que a las públicas oraciones elevadas al cielo durante el mes de mayo corresponda un despertar de vida cristiana. Sólo con este punto de partida es lícito esperar que la marcha de las cosas y de los acontecimientos en la vida pública igual que en la privada, pueda llevarse a cabo según el recto orden, y que los hombres consigan alcanzar, con la ayuda de Dios, no sólo la prosperidad posible en este mundo, sino también la felicidad celestial, que nunca ha de tener fin.»

Y continuaba el Papa su Encíclica refiriéndose concretamente al trágico problema planteado en Palestina: «Hay al presente un motivo especial que aflige y an-

gustia vivamente nuestro corazón. Nos queremos referir a los Santos Lugares de Palestina, que desde hace mucho tiempo se ven turbados por luctuosos sucesos y casi cada día se ven devastados por nuevos estragos y ruinas. Y, sin embargo, si hay una región en el mundo que debe ser especialmente amada por todo espíritu digno y culto, ésta es ciertamente la Palestina, de la cual, ya desde los oscuros primeros años de la Historia, ha surgido para todos los hombres tanta luz de verdad, en donde el Verbo de Dios encarnado quiso anunciar por medio de angélicos coros la paz a los hombres de buena voluntad y donde finalmente Jesucristo, colgado en el árbol de la Cruz, procuró la salvación a todo el género humano, y extendiendo sus brazos, como invitando a todos los pueblos a un abrazo fraternal, consagró, con la efusión de su sangre, el gran precepto de la caridad.

»Deseamos, pues, venerables hermanos, que este año las oraciones del mes de mayo tengan la finalidad especial de pedir a la Santísima Virgen que, finalmente, la situación de Palestina se arregle de acuerdo con la equidad, y que allí también triunfe finalmente la concordia y la paz» (15).

José-Oriol Cufí Canadell

(15) Pio XII, *Encíclica "Iniquis quiescent"* (11.º de mayo de 1948).

Reproducimos de la revista «Ecclesia» el artículo-editorial LA SANTA MADRE IGLESIA con cuyo contenido y espíritu nos sentimos plenamente identificados. CRISTIANDAD quiere también dejar constancia de su protesta contra la ligereza y la insolencia del articulista a que se refieren las columnas de «Ecclesia».

La santa madre Iglesia

Escribimos estas líneas para recabar el debido respeto a la Iglesia santa. No se lo han concedido esos articulistas y «reporteros», esclavos del sensacionalismo, que aprovechan viajes de Prelados o rumores de próximos consistorios para adelantar, con inaudita ligereza, acontecimientos futuros, completando a su sabor el Colegio Cardenalicio con minuciosa indicación de nombres propios, como lo hacía «Le Monde», el periódico parisino, o lo que es aún más, atreviéndose audazmente a señalar el nombre del futuro Papa, como lo ha hecho recientemente uno de nuestros grandes diarios, especulando pobremente sobre la situación económica de la Iglesia, el valor universal de la moneda y la nacionalidad del que se da por sucesor de Pío XII. Nos alarma esta tendencia, por inadecuada e irrespetuosa. El genio de San Agustín nos había familiarizado con una concepción providencialista de toda la historia, cuando comentando el discurso paulino del Areópago, afirma que «es el Dios verdadero el único que da los reinos de la tierra a los buenos y a los malos, no temerariamente y como por acaso, pues es Dios y no fortuna, sino según el orden natural de las cosas y de los tiempos, que es oculto a nosotros y muy conocido a El». Y conforme al pensamiento agustiniano, toda nuestra tradición histórica española desde Paulo Orosio, Prudencio e Isidoro de Sevilla hasta Menéndez Pelayo, han visto en la historia nacional el «destino del fin», que nos señalaba el completar el planeta, borrar los linderos del mundo y evangelizar el orbe.

Si esto se dice de un pueblo, qué diremos de la Iglesia santa, obra directa del Altísimo, que vivirá de la presencia constante de su fundador «hasta la consumación de los siglos». A ella dedican su pensamiento último los mártires, como aquel atleta tarraconense San Fructuoso, que decía, antes de morir quemado, al cristiano Félix: «Yo debo de acordarme de toda la Iglesia católica esparcida de Oriente a Occidente.»

No ignoramos lo que es el elemento humano en la historia del catolicismo. Pero queda tan sobreabundantemente superado por la acción de la Providencia, que juzgamos totalmente necio fijar nuestra esperanza principal en que las naciones poderosas ven crecer el número de los católicos o en que se cuenta con «ofrecimientos de millones de dólares como primera entrada, y además (existe) la seguridad de que por muy elevada que sea la suma necesaria, tratándose de problemas capitales, (los recursos) no habrían de faltar».

No es posible aceptar ni esa orientación ni ese lenguaje. Toda cooperación humana es apreciable. El prestarla generosamente es para todos los católicos un claro deber, sabiendo que el juicio de Cristo ante el depósito de las cendras apreció con ventaja los dos cornadillos de la viuda pobre, sin negar su alabanza a los que habían echado generosamente de lo que les sobraba.

Pero nuestra confianza y el secreto de nuestra fuerza se cifrará más alto, en creer siempre que «entre Cristo Nuestro Señor Esposo y la Iglesia su Esposa es el mismo Espíritu que nos gobierna y rige para salud de nuestras ánimas; porque por el mismo Espíritu y Señor nuestro que dió los diez mandamientos es regida y gobernada nuestra santa madre la Iglesia».

Esa sí que es firme base. Apoyado en ella San Pedro, ha llegado al Vaticano, y el mensaje evangélico es hoy saludado como la suprema esperanza por este mundo en zozobra. Toda nuestra simpatía está con el catolicismo americano generoso y dinámico. Pero por respeto a la Iglesia evitaremos, al menos los católicos, invertir valores y pensar que hay proporción entre los medios humanos y la acción de la Iglesia, que es fundamentalmente sobrenatural.

Nosotros, como San Pablo, sabemos bien en quién hemos confiado.

ANTE UN RECIENTE LIBRO ERUDITO Y SUGESTIVO

La prócer figura de Oliba, monje, abad y obispo, en el milenio catalán

Con frecuencia, los lectores de CRISTIANDAD habrán visto dedicar sus páginas a la evocación de los siglos medievales, para comentar hechos, instituciones o figuras de singular relieve en los mismos y de trascendencia extraordinaria en la configuración de aquel mundo surgido de las ruinas del antiguo Imperio romano y reconstruido bajo el signo de la Cruz, que llegó a brindar un arquetipo de la cristiandad ideal por nosotros sentida y deseada. La reciente publicación del libro de don Ramón d'Abadal, *L'Abat Oliba, Bisbe de Vich, i la seva època*, Barcelona, 1948, nos lleva gustosamente de nuevo hacia el medioevo hispánico, para fijarnos en una figura —Oliba— que llena un momento crucial en la evolución histórica de la región catalana y que se proyecta vivamente en los hechos todos de la época en que vivió: la del crítico y borrascoso año mil.

Un nuevo libro sobre el Abad Oliba

El libro del señor Abadal no intenta ser una nueva y definitiva biografía del Abad Oliba. Esta quedó ya trazada fundamentalmente en la obra del Padre Albareda, aparecida años atrás, suficientemente conocida y difundida. Y si bien es cierto que el señor Abadal aporta no pocos datos de interés para perfilar y completar la misma, su propósito y objetivo fundamental es más bien la de ilustrar la vida y la obra del gran abad, presentándola encuadrada en la época en que aquélla se desarrolló y valorándola debidamente en función de los acontecimientos políticos, sociales y religiosos con que se interfirió, y de su alta significación en el correr de los mismos. Y ahí radica, a nuestro juicio, uno de los méritos principales del libro que comentamos, que bien pudiera considerarse como un estudio vivo y acabado de la época en que brilló la figura central del mismo.

A este mérito se une el tratarse de un libro altamente sugestivo en su exposición sin mengua de su base erudita y del respeto incondicional a la verdad histórica, escrito en un tono narrativo, transido de fluidez y llaneza, y, sobre todo, destaca en el mismo la agudeza de visión de su autor en la valoración de los hechos y documentos que examina, los cuales cobran nueva vida a la luz de su interpretación y comentario presentando con ello un cuadro vivo y cordial del milenio catalán, aspecto de admirar tratándose de una época alejada de nosotros, escasa en documentos, generalmente poco expresivos y de dificultoso conocimiento.

La crisis del milenio

Pero la figura y época estudiadas bien merecen este esfuerzo y este cariño que ha puesto en la obra el señor Abadal. Como él mismo hace notar, los años circundantes al primer milenio fueron en Cataluña, como en toda Europa, años de profunda crisis moral y económica, como época de transición entre el derrumbamiento del Imperio carolingio que representó un momentáneo florecimiento del Imperio romano en decadencia y el mundo medieval, surgido de esta tenebrosa disgregación general, y que empie-

za a rehacerse en los albores del siglo XI, bajo el signo del feudalismo y al influjo de la obra espiritual de la Iglesia. «Los hombres del tiempo participan de esta crisis y nos sorprenden con sus agudas contradicciones de bien y de mal, con la descarada intensidad de sus pasiones y arrebatos.» Época algo desconcertante, en que bajo la égida suprema de unos principios espirituales, se impone por doquier la fuerza y la violencia.

En este paisaje histórico, rudo y agreste, la serenidad y equilibrio de Oliba se levantan como un faro luminoso de «seny» y de santidad. La figura de Oliba es realmente excepcional en su individualidad y de una trascendencia y fecundidad en la vida colectiva realmente impresionantes. Sin exageración alguna ha podido ser considerado como un *pater patriæ*, un patriarca de la balbuciente Cataluña que emprendía los primeros pasos por el camino de su historia.

Oliba, monje y Abad

El ambiente familiar predisponía ya para hacer de Oliba una figura de relieve. Hijo de los condes de Cerdeña —su padre fué el famoso Oliba Cabreta—, contaba en su grupo parental con personajes destacados en las armas y en la clerecía. Y él mismo sucedió a su padre en dicho condado, rigiéndolo pro-indiviso con su hermano Vifredo, mientras otro hermano, Bernardo *Tallaferro*, regía el de Besalú. Había ya doblado la treintena, cuando trocó la dignidad condal por el humilde hábito de benedictino, llevando una vida oculta de austeridad, de recogimiento y de estudio en el cenobio de Ripoll, que empezaba a destacarse como foco cultural en la región septentrional de la Península, y atrayendo a relevantes figuras de más allá del Pirineo (el célebre monje Gerberto, luego Papa Silvestre II, como más conocido, estudió en Ripoll en tiempo de Oliba). Fué una auténtica vocación la que le llevó al claustro —como señala muy bien el señor Abadal—, apareciendo clara su falta de ambición para una opulenta dignidad o prebenda, como era el caso de muchos miembros de las familias condales. Y el período de vida monacal fué bien aprovechado en orden a su formación religiosa e intelectual. Escribió poco, pero supo mucho, según frase de uno de sus biógrafos, y en méritos de sus excelentes cualidades personales, a los cinco años era elegido por sus compañeros para regir, como Abad, el cenobio ripollense, y al poco tiempo el de San Miguel de Cuixá, en la otra vertiente pirenaica. Trabajando en su abadiato por la prosperidad de los mismos como el buen padre cuidadoso de su casa y familia, efectuó diversos peregrinajes a la Ciudad Eterna en busca de privilegios para su cenobio y de solución a varios asuntos de su país, demostrando estas apelaciones a Roma —a juicio de Abadal— un grado de respeto jurídico de las autoridades ordinarias civiles y eclesiásticas hacia la independencia de las fundaciones religiosas y un reconocimiento de la autoridad suprema, en este sentido hacia la institución del papado. En uno de aquellos asuntos graves —la cuestión de las monjas de San Juan de las Abadesas— se advierte precisamente los ras-

COLABORACION

gos nobles de Oliba, que si veló para cortar el escándalo, veló también para curar las llagas sangrantes con el bálsamo de la caridad, al proporcionar un refugio y unos medios decorosos de subsistencia a su abadesa Ingilberga.

Oliba en la dignidad episcopal

La elección de Oliba para la sede episcopal de Vich, acaecida a los diez años de Abad, representa un cambio fundamental en su vida, que en adelante se manifiesta sobremodera dinámica, movida, desbordante de actividad. Abadal remarca también la carencia del más pequeño indicio de que en tal elección mediara negocio pecuniario alguno, en contraste con tantas elecciones simoníacas, y se inclina incluso a creer que no fué sin cierta resistencia que aceptó tal dignidad, a ruegos de la condesa Ermesindis. La compleja y fecundísima actividad de Oliba como pastor de la sede vicense y abad de Ripoll y Cuixá, es detenidamente estudiada por dicho autor a través de bellísimos capítulos que ocupan la mayor parte del libro y agrupan los diversos aspectos en que aquélla se manifestaba: obra de recuperación, de administración, de renovación, de pacificación... Su talento, su energía, su suavidad, su fino, su caridad, tuvieron ocasión de desplegarse ampliamente y ser puestas a contribución en la solución de arduas y delicadas cuestiones y conflictos.

La fecunda actividad de Oliba

Sobrepasaría el ámbito de estas líneas intentar siquiera una síntesis de esta espléndida hoja de servicios del insigne Obispo. Pero nos parece oportuno registrar algunos trazos elocuentes y asaz significativos. Como dice muy bien Abadal, Oliba no pertenece al gremio de los obispos-soldados; es de los que fija la esperanza en un ideal más elevado de orden y de paz y trabaja dentro del mismo. Así, en la recuperación de los patrimonios usurpados a su sede y cenobios prescinde de la violencia y sigue los caminos de las sanciones espirituales y, sobre todo, de la reclamación regular jurídica, cuidando bien de no extenderse en esta recuperación más allá de lo que le pertenecía. En la obra de administración extremó su cuidado y diligencia, llegando en casos de venta de bienes eclesiásticos a requerir el consenso de los patronos de las respectivas iglesias, de los Obispos vecinos, del vizconde de la tierra. Exponentes magníficos de su obra renovadora son las reformas, verdaderas reconstrucciones, en las iglesias de la sede vicense y de los cenobios a su cargo, que en gran parte podemos aún admirar, y la fundación de una pléyade de parroquias rurales en la comarca de Vich, muchas de ellas subsistentes en la actualidad. Pero, sin duda, es en

la obra de pacificación donde se revela la talla de su personalidad, «reflejando una de las grandes ocupaciones y preocupaciones de Oliba: establecer la convivencia y la paz entre sus parientes, sus amigos, sus conocidos, sus diocesanos», inclinándose en todas sus intervenciones por las soluciones maleables, equitativas, superadoras de la rigidez del sumo derecho, y siempre posponiendo el interés propio al de la justicia.

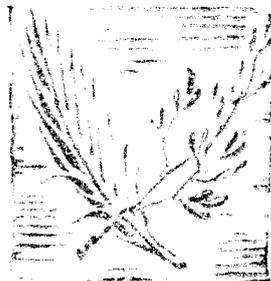
Paternidad Olibiana de la Paz y Tregua

Aunque sea breve, no podemos eludir una mención específica del papel representado por Oliba en el nacimiento y desarrollo de la institución de la «paz y tregua de Dios», uno de los instrumentos más eficaces en la ordenación de aquella sociedad ruda y anárquica y en la estructuración del nascente derecho público. Con clara y precisa argumentación demuestra el autor del libro comentado la prioridad de la constitución de paz y tregua de Elna (antes de 1022), confirmada años después en Touluges (1027) por obra de nuestro Oliba, que sustituía al Obispo diocesano, lo que permite atribuir al mismo la idea originaria, práctica y fecunda de la tregua de Dios, que luego procuró difundir —ampliando su alcance— en su propia diócesis vicense (sinodo de 1033), mientras Odilón de Cluny la propagaba en tierras de Francia y se ganaba la fama de ser su principal paladín, obscureciendo el mérito de nuestro Obispo.

* * *

La muerte de Oliba, ocurrida a fines de 1046 en su monasterio de Cuixá, dejó una estela de tristeza y de veneración entre sus monjes y sus contemporáneos en general, que memoraron sus preclaras virtudes en martirologios y en textos literarios llegados hasta nosotros. Las frases más expresivas de estos elogios son reproducidas en el Epílogo de la obra del señor Abadal, como bella conclusión a este homenaje rendido a su gran figura y, sobre todo, al siglo que recoge la proyección de la misma. Como ya aludíamos antes, son numerosos los puntos en que, a modo de digresiones de la trama central, se ha ido enzarzando el autor, para ambientar más perfectamente la biografía que diseña: la asolación del condado barcelonés por Almanzor y su reiteración por Abdelmelik, la famosa expedición de los catalanes a Córdoba, la venida de Gerberto, la repoblación fronteriza en las marcas de poniente, los gérmenes de las asambleas públicas, futuras Cortes, la Paz y Tregua... En todos ellos la erudición y la sabia agudeza del señor Abadal le permiten brindarnos sugestivos esquemas en torno a hechos o instituciones susceptibles de desarrollar a través de sendas monografías.

J. M.^a Font Rius



DE ACTUALIDAD

La cuestión de los desplazados y de los campos de concentración.— La persecución religiosa en la Europa oriental

La cuestión de los desplazados y de los campos de concentración

El Papa habla sobre tan angustiosas cuestiones

Durante el pasado mes de octubre, Su Santidad el Papa Pío XII recibió en dos ocasiones distintas sendas comisiones de miembros del Parlamento de los Estados Unidos que se encuentran en viaje por Europa para estudiar la situación de los campos de concentración, en los que viven y sufren millares de fugitivos y de expulsados de sus regiones de origen, y para examinar las actividades de determinadas organizaciones que reciben ayuda de Norteamérica.

Con motivo de ambas visitas, el Santo Padre pronunció dos importantes discursos sobre el agobiante problema que plantea la existencia de tantos millares de seres humanos, privados de su hogar y de los medios mínimos de subsistencia y condenados a un estado de vida en el que falta el más elemental respeto debido a la dignidad de la persona humana. Problema que se plantea todavía con toda su crudeza a los cuatro años de haberse terminado las hostilidades. A este respecto, las palabras del Romano Pontífice cobran, como siempre, especial relieve y hondísima significación.

El Papa comenzó su primer discurso recordando «nuestra expresión pública y repetida del ansia con que esperamos la liquidación de lo que fríamente ha venido a llamarse el problema de los refugiados», manifestando que consideraba la misión de los parlamentarios estadounidenses y otras parecidas como urgente obra de caridad.

Y prosiguió diciendo el Soberano Pontífice: «Ni la justicia ni la caridad, desde luego, servirán para nada si la investigación de los hechos se reduce únicamente a investigación de las fallas. Evidentemente es demasiado tarde y sería demasiado inútil mostrar ahora asombro e indignación, aunque sea con razón. La plaga de los campos de concentración en tiempos de paz, que es la plaga de tantas vidas frustradas de inocentes hermanos y hermanas nuestros, y la plaga de esos millones que responden a la odiosa apelación de «expulsados», no puede seguir siendo meramente un tema de humillación y de pesar. Hay aquí mucho más que un simple llamamiento a la comprensión cristiana.»

La imagen de Dios ha de respetarse hasta en el más abandonado

Refirióse seguidamente el Papa al esfuerzo que se había realizado, «aunque vacilante algunas veces», para ofrecer habitación y trabajo a gran número de refugiados; esfuerzo que ha merecido el paternal aliento y apoyo material del Romano Pontífice con toda la amplitud que le han permitido sus estrechos medios. Los resultados obtenidos hasta la fecha, «a pesar de las incorrecciones, discriminaciones y tergiversaciones, incluidas, acaso sin poderlo

evitar, las decisiones legislativas y administrativas dentro de un campo tan complejo y delicado», permiten confiar en que se logrará la victoria final en esta cuestión, junto con la decisión de «alejar para siempre» el espectro gigantesco del abandono humano.

Sin embargo, el Papa hubo de referirse a la «política de continuadas vacilaciones o exageradas cautelas» que hace temer peligros políticos, económicos y sociales. Frente a ellos, que son más bien consecuencia secundaria, Su Santidad puso de relieve la preocupación principal, que se refiere «al juicio de la Historia y del Señor de la Historia, por lo que toca al cumplimiento del más grave deber entre hombre y hombre, entre nación y nación, en virtud del cual debe respetarse la imagen de Dios hasta en el más débil y más abandonado de sus hijos». Y añadió el Papa: «Ninguna razón de Estado, ningún pretexto de beneficio colectivo puede justificar el desprecio de la dignidad humana y el desconocimiento de aquellos derechos elementales humanos que el Creador ha impreso en el alma de todas sus criaturas.»

El Pontífice terminó este su primer discurso ofreciendo sus oraciones y su apoyo para superar los obstáculos que se oponen a la plena libertad de «nuestros amados prófugos, prisioneros de una esperanza que no puede ni debe permitirse que languidezca y muera en los corazones».

La generosidad norteamericana y la política de inmigración

En su segundo discurso, el Papa, al renovar su constante y profunda ansiedad por la suerte de las poblaciones a las que el huracán de esta postguerra ha arrastrado fuera de su suelo y desparramado por el continente europeo, fijó primordialmente su atención sobre la terrible situación de tantos niños, «de esos inocentes que son la esperanza de una generación».

Sabemos, dijo el Santo Padre, que la comisión parlamentaria de los Estados Unidos tiene especial interés por la suerte de estos desventurados miembros de la familia humana, «cuya dignidad y cuyos derechos humanos no disminuyen ni un momento, no obstante toda su miseria y desgracia». Y añadió esta importante observación:

«La generosidad norteamericana ha procurado medios abundantes a los diversos organismos internacionales de asistencia. Hacéis bien al examinar el éxito que haya podido tener esta asistencia en el pasado y pueda tener ahora en el socorro de los más necesitados; pero nos atrevemos a decir que hay otra cuestión que, sin duda, se os ha ocurrido a vosotros, si no es que la habéis expresado. La actual política de inmigración, ¿puede decirse que es tan liberal como lo son los medios naturales en un país tan generosamente bendecido por el Creador y como parecerían pedir las perentorias necesidades de otros países? Vuestros viajes, sin duda ninguna, proporcionarán muchos datos para la respuesta a esta pregunta.»

La gigantesca labor que espera a los que trabajan ge-

ACTUALIDAD

nerosamente por la paz y para remediar tanta desventura deben acordarse de las palabras de nuestro divino Redentor: «Y cualquiera que diere de beber a uno de estos pequeños un vaso de agua fresca no perderá su recompensa. En verdad os digo que a pesar que lo hicisteis con alguno de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis.»

El Papa terminó invocando las bendiciones celestiales sobre los miembros de la comisión que había recibido en especial audiencia.

La persecución religiosa en la Europa oriental

CHECOESLOVAQUIA

Otro Obispo ha sido sometido a especial vigilancia de la policía en Checoslovaquia. Se trata del Excmo. y Reverendísimo Mons. Josef Hlouch, de la diócesis de Budejovice, que se halla sometido a un régimen parecido al que viene sufriendo desde hace algún tiempo el Arzobispo de Praga, Mons. Josef Beran. En la misma diócesis han sido detenidos cuarenta y nueve sacerdotes, que representan la décima parte del total de su clero.

En otras regiones continúan igualmente las detenciones de sacerdotes y subsiguiente condena de los mismos, bajo la acusación de haber leído en sus iglesias las pastorales de los Obispos. En total pasan de trescientos el número de sacerdotes que se hallan en prisión por no aceptar las sectarias medidas del Gobierno comunista.

HUNGRÍA

En Hungría continúa la aparente calma externa. Sin embargo, existen claros indicios sobre una probable reanudación de la campaña antirreligiosa.

Las juventudes comunistas se han lanzado a una intensa propaganda contra la que ellos llaman «superstición religiosa». Como consecuencia, el Gobierno ordenó quitar el crucifijo de todas las escuelas, que como se sabe se hallan nacionalizadas.

A pesar de ello, la población continúa manteniéndose firmemente unida a sus Obispos y aprovecha todas las oportunidades para hacer pública manifestación de fe. Recientemente, con motivo de la inauguración del curso escolar, ha tenido lugar un auténtico plebiscito al quedar matriculados en las clases de religión de los colegios el 95 por 100 de los niños en las zonas rurales y el 85 por 100, al menos, en las grandes ciudades.

El Episcopado húngaro, por medio del Arzobispo de Kalocsa, Excmo. y Rvdmo. Mons. José Groesz, Presidente de la Comisión episcopal, publicó una pastoral expresando su satisfacción por la actitud de los padres de familia al inscribir a sus hijos en las clases de religión, y bendiciendo a todos los que han dado con ello un firme ejemplo de la entereza de su fe.

Los jefes comunistas han mostrado su inquietud por el hecho y se han apresurado a anunciar medidas para ceerrar lo que denominan «brecha en el frente intelectual». El

judío Matias Rakosi, dirigente máximo del comunismo húngaro, declaró que los Obispos habían interpretado mal el comportamiento del Gobierno y les acusó de intolerancia y de agresividad por los conceptos vertidos sobre la instrucción religiosa. Anunció un cambio decisivo en la línea de conducta del Gobierno, manifestando que catorce maestros habían sido ya destituidos por ejercer presión sobre las conciencias infantiles y prometiendo poner fin al creciente terror religioso, lo que quiere significar, evidentemente, un aumento de las medidas sectarias para descristianizar el país, medidas que parecen haber sufrido hasta ahora cierta demora a consecuencia de las depuraciones realizadas en el seno del partido comunista.

POLONIA

También en Polonia continúan manifestándose signos inequívocos de la persistente acción persecutoria contra la Iglesia. Interesantes pormenores llegados de aquella nación, y sobre los cuales insistiremos, Dios mediante, en otro número, revelan el aumento constante de las disposiciones y actos encaminados a cercenar las actividades religiosas y a impedir la obra educativa y de caridad de los religiosos.

Ultimamente, el Gobierno se ha incautado de seis hospitales católicos situados en la ciudad alemana de Breslau (actualmente bajo el poder del comunismo polaco). Estos hospitales han sido nacionalizados sin indemnización. Dichos hospitales son los siguientes; San José, de la Congregación de las Hermanas Grises de Santa Isabel; San Jorge, de las Hermanas de San Carlos Borromeo; San Juan de Dios; el de los Caballeros de Malta; el de las Hermanas de Santa Isabel y el de las Hermanas Ursulinas.

Por una reciente disposición, todas las congregaciones religiosas vienen obligadas a solicitar al Gobierno su reconocimiento legal, acompañando copia de sus constituciones y reglamentos, y una lista de todos sus miembros en la que conste el cargo que desempeñan. La disposición viene firmada por el Ministro de administración pública, Wladyslaw Wolski, y en ella se dispone que también las asociaciones religiosas de seglares habrán de dar cumplimiento a tales instrucciones.

El Episcopado polaco, que ha elevado su protesta al Gobierno por la referida orden, ha instruido, al parecer, a las comunidades y asociaciones a no dar ningún paso en el sentido señalado por dicha disposición hasta que no disponga lo contrario.

En la protesta mencionada, suscrita por Su Eminencia el Cardenal Adam Sapieha, Arzobispo de Cracovia, y por el Primado de Polonia, Su Excelencia Monseñor Esteban Wyszynski, Arzobispo de Polonia, el Episcopado afirma que el cumplimiento de tal disposición conduciría a una «intolerable situación, en la cual, no la legítima autoridad eclesiástica, sino una fuerza extraña que no suele reconocer a Dios, ni la libertad de culto, decidiría sobre el carácter religioso de una asociación y si ella es idónea para los fines del culto».

Han quedado igualmente prohibidas todas las manifestaciones religiosas públicas.

J. O. C.

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual . . . 100'00 ptas.
Semestral . 50'00 "
Trimestral . 25'00 "

Número ordinario . . . 5 pts.
Encuadernar 25 »
Tomo encuadernado . 125 »

AL REINO DE CRISTO POR LA DEVOCION A SU SAGRADO CORAZON

DOCUMENTOS PONTIFICIOS

TEXTO INTEGRO DE LAS ENCICLICAS:

Annum Sacrum
Tametsi futura
Ubi arcano
Quas primas
Miserentissimus Redemptor
Summi Pontificatus

PROLOGO, INTRODUCCIONES Y NOTAS

POR EL

P. HILARIO MARIN, S. I.

¡DE INMINENTE APARICION!



MARCA REGISTRADA

BERISTAIN, S. A.

Artículos para Deporte - Viaje - Regalo
en sus 4 Establecimientos de BARCELONA

Sucursales en BADALONA
y LA MOLINA (Gerona)

Chocolates y Bombones

“PINAR”

FABRICADO POR
LUDOMAR, S. L.

A. G. S. A.

AUTO - GUARNICIONERIA, S. A.

Fabricación de Lonas y Lonetas para Vestua-
rio, Alpargatas, Toldos, Capotas, Sacos, etc.

Almacenes Suministros Industriales - Material
para el Automóvil - Accesorios - Tapicerías
Cueros - Pinturas, etc.

Gerona, 71

BARCELONA

Casa Balcázar, S. A.

IMPORTACION Y EXPORTACION
DE PIELES

Miembros de las Cámaras de Comercio de Inglaterra
y de los Estados Unidos

Teléfonos 11512-11513

Diputación, 257

BARCELONA (7)

*Vuele de Barcelona a París en 3 horas
a Londres en 6 horas*



OTRAS LÍNEAS EN ESPAÑA

**Madrid-Río-Montevideo
Buenos Aires**

TARIFAS:

Barcelona-París 940 Ptas
Comida a bordo comprendida

AIR FRANCE

Paseo de Gracia, 11, 5.º, 1.º (Galería Condal) - Teléfono 26000

M. S. S. A.
BARCELONA

V. y Cia.
TARRASA

D. E.
Hospitalet

Javier Coll e Hijo

Importadores de los Productos de
SOCIÉTÉ DES USINES CHIMIQUES

Rhône-Poulenc

Productos Químicos, Farmacéuticos e Industriales

Distribuidores de los Productos del
Laboratorio de Industrias Farmacéuticas, S. C.

“INFARMA”

Concesionarios exclusivos de la
SOCIÉTÉ PARISIENNE D'EXPANSION CHIMIQUE
“SPECIA” - París

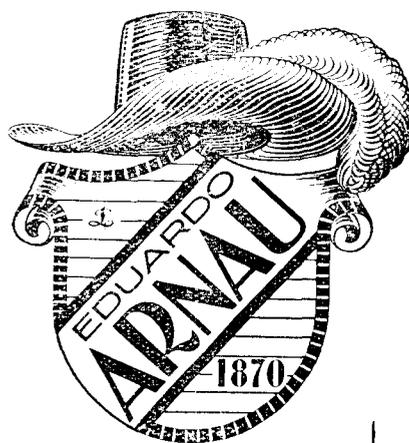
Córcega, 269

Teléf. 79089

BARCELONA



VISITE LAS CUEVAS DE ARTÁ



Vía
Layetana, 81
BARCELONA